

Realidad más elevada

Tanto por nuestra humana torpeza como por el desgastante trabajo del enemigo, somos tentados a permanecer en la superficialidad de la vida cristiana. Necesitamos resolución, por medio del Espíritu Santo, para romper con el conformismo. Solo el lavamiento de la palabra del Señor puede ungir nuestros ojos para ver mejor aquella gloria que aun percibimos oscuramente.

La iglesia es “el lugar donde los cielos y la tierra se encuentran”. Como cuerpo de Cristo, hemos de avanzar siempre, desde los rudimentos a la perfección. La figura del peregrinaje de Israel por el desierto nos muestra el camino de Dios para sus hijos: solo Cristo –nuestro Josué– nos puede liberrar de la ley e introducirnos en Su propia vida a través de su muerte y resurrección, tipificadas por el cruce del Jordán.

Algunos temas expuestos en esta edición pueden parecer ya familiares a nuestros lectores – Cristo habitando por la fe en nuestros corazones, o el propósito de los fuegos de prueba que Dios permite para sus hijos, o la visión de la gloria de Dios en Jesucristo. Sin embargo, cada mensaje tiene un nuevo acento, una nueva gracia concedida a la iglesia. Permita el Señor que todos ellos nos ayuden a experimentar una realidad cada vez más elevada en nuestra bendita carrera de la fe.

Que Su gracia nos sostenga a todos.

El drama de miles de niños centroamericanos que migran hacia los Estados Unidos, expuestos a la violencia.

"¡Quédate aquí, en tu tierra!"

En la pantalla aparece una partitura musical y enseguida la imagen de dos niñas y una mujer con vestidos regionales, mientras se escucha una canción alegre. «Somos un país de gente buena que cosecha lo que siembra / y que vive con el corazón», dice la letra y segundos después el mensaje principal: «*Quédate aquí en tu tierra / quédate en tu país / el tiempo está cambiando y trabajamos para ti*».

El video forma parte de la campaña denominada «*Quédate*», que emprendió el gobierno de Guatemala, como parte de una estrategia para convencer a miles de niños y adolescentes que planean emigrar a Estados Unidos.

El mensaje se transmite por radio y televisión en tres municipios de los departamentos de Sololá y San Marcos, que registran la mayor salida de personas del país.

Hasta ahora no se sabe si la campaña ha inhibido el viaje de algún guatemalteco. Pero es una muestra de los esfuerzos de emergencia que los países del Triángulo Norte de Centroamérica —Honduras, Guatemala y El Salvador— han emprendido para combatir la reciente migración masiva de menores.

Un fenómeno que el presidente estadounidense Barack Obama define como «crisis humanitaria», y del cual muchos en América Central creen que no tiene remedio... al menos en el corto plazo.

Advertencias políticas

Recientemente, Obama solicitó un presupuesto especial de US\$2.000 millones para atender la crisis de los niños migrantes que han cruzado su frontera, y que calculan que pueden ser hasta 90.000 cuando concluya su actual año fiscal, en octubre próximo.

Pero además de conseguir dinero, la Casa Blanca también envió varias señales a sus vecinos del sur. Primero el vicepresidente Joe Biden viajó a Centroamérica para advertir que sus niños no podrán quedarse en territorio estadounidense.

El segundo mensaje es la deportación de cientos de estos menores, enviados por avión a sus países de origen.

México también se suma a las advertencias. El presidente Enrique Peña Nieto estableció el Programa Frontera Sur que establece, por ejemplo, aumentar el número de visas de trabajo a ciudadanos de Guatemala y Belice, así como proteger los derechos humanos de quienes viajan desde el sur.

Pero, al mismo tiempo, el secretario de Gobernación (equivalente en México al ministro del Interior) Miguel Osorio Chong, aseguró que las autoridades pondrán orden en el recorrido del tren carguero conocido como *La Bestia*, que utilizan los migrantes.

«Es una decisión del Estado mexicano no seguir permitiendo que migrantes de Centroamérica y mexicanos incluso pongan en riesgo sus vidas en este tren, que es de carga y no de pasajeros», dijo en una entrevista.

Y advirtió: a los migrantes sin documentos no se les permitirá viajar a Estados Unidos. «Quienes no tengan

la visa para adentrarse más en nuestro país serán devueltos», sin detallar lo que eso significa.

Niños que huyen

¿Una política migratoria más estricta puede frenar el éxodo de miles de niños y adolescentes de Centroamérica?

Especialistas y organizaciones civiles coinciden en que, antes que diseñar muros y obstáculos, es necesario entender que los menores no abandonan sus países por gusto, sino que son virtualmente expulsados de sus comunidades.

A diferencia de los adultos que emigraron por las crisis económicas o por causa de desastres naturales, ahora los niños centroamericanos huyen de la violencia.

El problema es particularmente grave en Honduras, que tiene la tasa de homicidios más alta del mundo: 79 crímenes por cada 100.000 habitantes, según estadísticas del Observatorio de la Violencia de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras.

Los menores hondureños resultan más afectados con el problema, pues, las mafias dedicadas al narcotráfico y a la trata de personas se han aprovechado de la situación estructural de pobreza, falta de empleo y otras condiciones, reclutando niños y jóvenes para sus oscuros propósitos.

Al inaugurar la Conferencia Internacional sobre Migración, Niñez y Familia, el presidente de Honduras, Juan Orlando Hernández, dijo: «siete de cada nueve niños que emigran provienen de las zonas con más violencia, son niños que viven por donde hay mayor tránsito de droga en el país».

Un asunto familiar

Los padres permiten que sus hijos se embarquen en un viaje casi imposible gracias a las dificultades que luego tiene EE.UU. para poder devolverlos a sus países de origen. Y es que la ley federal obliga a procesar a los niños y a garantizarles cuidados y salud hasta que los familiares los reclamen o se presenten ante el juzgado de menores.

Como no podía ser de otra manera, muchísimas veces estos niños que entran solos no terminan abandonando Estados Unidos, sino que al contrario consiguen quedarse en el país junto con sus padres, abriendo los pequeños la puerta de entrada para sus progenitores.

En otras ocasiones son adoptados por familias estadounidenses. La excepción de estos países centroamericanos es México, que como tiene frontera directa, lleva un procedimiento más rápido que sí permite la deportación casi inmediata.

Desgraciadamente la situación está en un momento crítico y las vidas de estos niños, que deberían estar en la escuela aprendiendo, están en suspenso por un viaje suicida que muchas veces no acaba bien.

Funcionaria sorprendida

Recientemente, Guadalupe González, responsable de un albergue de migrantes en Irapuato, estado de Guanajuato, en México, quedó sorprendida cuando llegaron decenas de niños de la etnia hondureña garífuna acompañados por seis mujeres que decían ser sus madres.

Pero el asombro fue mayor al saber la forma como viajaban los menores hondureños: sin documentos migratorios, en un autobús que cruzó medio México (Guanajuato se encuentra en el centro del país) y que se detuvo en varias ciudades para reabastecerse de combustible y alimentos.

Lo peculiar del asunto es que a partir de la frontera con Guatemala el gobierno mexicano mantiene decenas de puestos de revisión migratoria en las carreteras, que supervisan especialmente a los autobuses de pasajeros.

Miles de migrantes de Centroamérica y otros países han sido detenidos en estas revisiones. Pero el vehículo con los niños garífunas hizo su ruta sin problemas hasta Irapuato, y tras un

par de días de descanso reinició el camino a Ciudad Juárez, en la frontera norte.

Niños migrantes

«Los niños decían que los mandaron llamar sus familias en Estados Unidos porque el gobierno les iba a dar visa para quedarse. Se me hizo muy raro», explica un corresponsal de BBC Mundo. La activista nunca supo cómo llegaron realmente los menores a su albergue.

La anécdota de los pequeños garífunas es un ejemplo de la forma como miles de niños centroamericanos cruzan por México cada año, de manera irregular y expuestos a secuestros, golpes, accidentes y al acecho de bandas de esclavitud sexual.

No se conoce el número exacto de menores que cruzan el país, pero organizaciones civiles creen que muchos consiguen su objetivo: de acuerdo con el secretario de Gobernación, Miguel Osorio Chong, entre enero y mediados de julio de 2014 el Instituto Nacional de Migración (INM) detuvo a unos 7,600 niños migrantes no acompañados.

Pero para esa misma fecha el gobierno de Estados Unidos había reportado que la Patrulla Fronteriza capturó a más de 57.000 menores. La mayoría, cerca de 44.000, eran originarios de Honduras o El Salvador, y el resto

A diferencia de los adultos que emigraron por las crisis económicas o por causa de desastres naturales, ahora los niños centroamericanos huyen de la violencia.

mexicanos o de otras nacionalidades. Prácticamente todos cruzaron por México.

Menores «invisibles»

¿Cómo pueden viajar miles de niños centroamericanos por todo un país sin ser detectados?

Una de las respuestas es la corrupción de los responsables de la vigilancia migratoria del país, es lo que «hace invisibles» a estos menores», explica a un corresponsal el sacerdote Alejandro Solalinde, fundador del albergue Hermanos en el Camino de Ixtepec, Oaxaca.

«No los ven porque sus ojos están en los bolsillos. Hay niños que sí pagan, hay mucha corrupción en esto. Pero a lo mejor es que los agentes de migración y de corporaciones policíacas nunca pensaron que fueran a generar un problema internacional y los dejaron pasar».

Otra explicación es la forma como realizan el viaje: la mayoría ingresa por los llamados «puntos ciegos», lugares sin vigilancia en la frontera con Guatemala.

Algunos se encuentran en zonas alejadas, incluso en áreas selváticas, pero otros se ubican a unos metros de las garitas migratorias, como ocurre en el cruce entre Ciudad Hidalgo, México, y Tecún Umán, Guatemala.

Traficantes de personas

De allí emprenden camino al norte. Algunos siguen por la región montañosa del centro de Chiapas hacia la capital, Tuxtla Gutiérrez, donde abordan autobuses de líneas comerciales que los llevan a Ciudad de México. La mayoría de quienes siguen esta ruta viajan acompañados por traficantes de personas.

Otros -los menos- se mueven a pie o en transporte urbano desde la frontera hasta Arriaga, en la zona costera de Chiapas, donde suben a los ferrocarriles cargueros.

Los niños que van con sus familias o escoltados por traficantes de personas utilizan autobuses para moverse por el país. Los adolescentes, que casi siempre viajan solos, recurren más al tren.

A pesar de que son cientos los que cruzan la frontera cada día, los niños centroamericanos se mueven en gru-

pos pequeños que suelen realizar trayectos cortos cada vez: llegan a una ciudad y permanecen unos días antes de reanudar el viaje, que puede durar semanas o varios meses hasta alcanzar la frontera norte. Por eso resultó inusual el arribo de menores garífunas al albergue de Irapuato.

Sin respuestas

Pero en todos los casos el común denominador es que los menores siempre buscan pasar inadvertidos. «No viajaron juntos los 60.000 que están en Estados Unidos, van poco a poquito; uno por aquí, otro por acá», explica el sacerdote Solalinde.

«Los que van solos aprenden a sor-tear todo tipo de peligros, pero otras veces tal vez alguien los llevaba y los abandona a la hora oportuna, o puede ser que sus padres los acompañaron y estando en la frontera los dejan ir solos. La verdad es que nadie tiene la respuesta exacta».

Cuando son devueltos emprenden de inmediato el viaje de regreso. Es otro de los problemas con estos menores, pues el gobierno mexicano no toma en cuenta las razones de la migración. Muchos de estos niños tienen derecho a solicitar refugio, pero las autoridades no lo conceden. En 2013, por ejemplo, de los 9.893 menores que fueron detenidos por el INM, sólo a 50 se les concedió asilo.

Así, para la mayoría de estos menores su única alternativa es viajar al norte; por eso buscan superar los obstáculos en su camino. El flujo no se detiene. «Son casi 60 mil niños que ya están en Estados Unidos, nadie los vio. Pero, los que siguen pasando, ¿dónde están?», protesta el sacerdote Solalinde.

Prohibido subirse a La Bestia

El gobierno mexicano, en el marco de su Programa Frontera Sur, pretende ordenar el flujo migratorio en la región, especialmente el que proviene de Centroamérica.

La estrategia contempla, entre otros elementos, otorgar permisos de internamiento temporal a ciudadanos de Guatemala y Belice, que servirán para transitar sin problemas dentro de los estados de Oaxaca, Chiapas, Tabasco y Quintana Roo.

De acuerdo con el secretario de Gobernación, Miguel Osorio Chong, quienes salgan de este territorio sin visa serán devueltos a sus países de origen. Pero dentro de esta nueva política el gobierno mexicano también impedirá que el tren carguero, conocido como «La Bestia», se utilice por migrantes para moverse hacia el norte.

Especialistas advierten que esta decisión sólo dispersará el flujo migratorio, pues como ha ocurrido en el

pasado, los centroamericanos buscarán caminos alternos donde son más vulnerables a la violencia.

El secretario de Gobernación, sin embargo, afirma que la nueva estrategia busca proteger a los migrantes especialmente a los niños y adolescentes que viajan solos.

¿Soluciones?

Se plantea la necesidad de luchar por erradicar la violencia proveniente del flagelo del narcotráfico, pero los gobiernos acumulan años de frustración en esa delicada materia.

También se habla de invertir en el desarrollo de los países de origen, con el fin de retener a los jóvenes, pero, finalmente, nadie está hoy dispuesto a poner en riesgo su capital en zonas inseguras, y se sabe todas las medidas de parche terminan en un nuevo círculo vicioso.

Nuestro modelo de sociedad, y esto involucra al mundo entero, exige prosperidad y comodidad aquí y ahora. El asunto es más profundo, pero pocos parecen darse cuenta, es el corazón del hombre que perdió de vista a su Creador, y, como consecuencia, solo buscamos placer y satisfacción en lo que este mundo pueda darnos, y si no lo encontramos ya, vagaremos incansables, sin saber exactamente lo que buscamos.

Fuentes: BBC Mundo. ABC News.

Toda vez que Abel ofreció su ofrenda con fe, estaba siguiendo la dirección de Dios.

El sacrificio más excelente

Henry Law

“ *Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda*”.

– Gén. 4:4.

Han pasado muchos años desde que la tierra recibió la sangre de Abel. La suya fue la primera de las tumbas. Pero él no ha quedado en silencio. Su fe ha adquirido una voz eterna.

El tiempo no puede acallar su eco de amonestación solemne: «*Y muerto, aún habla por ella*» (Heb. 11:4).

Esto es lo que nos narra el cielo. Seguramente debe haber mucho de gran valor en este testimonio, cuando resuena de edad en edad. Nada puede comparársele: proclama al Señor Jesucristo.

Este es el propósito de su llamamiento a todos los hijos de los hombres: «*Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo*». Confía en su sangre. No presentes otra cosa delante de Dios más que su muerte expiatoria. Haz de su cruz tu única esperanza.

Lector, quizá tú no has encontrado nunca todo este Evangelio en la breve vida de Abel. Pero allí está. Abel se presenta delante de nosotros con el noble carácter de alguien cuyo espíritu se regocija en Dios su Salvador.

Esta es la característica prominente de este cuadro. Abel escoge el primogénito de su rebaño y lo presenta como ofrenda. Esta es su actitud y su conducta. Pero, ¿qué le movió a pres- tar esta adoración? Debía tener algún gran propósito. Indaguemos.

¿Le había convencido la razón de que era pecador? ¿Comprendió por ello que su propia vida estaba perdida? ¿Albergaba la esperanza de que podría recobrase dando otra vida en su lugar? ¿Tuvo la idea de que una víctima sin mancha podía ser la liberación de un alma condenada? No podía ser

eso. La ceguera del pecador no ve nunca el verdadero desierto que representa el pecado; mucho menos puede imaginar una propiciación a base de sangre. Dios tiene que hallarse en este pensamiento.

La fe de Abel

Mientras así indagamos, la Escritura levanta el velo y nos expone el principio que vivía en el alma de Abel. Era la fe. «*Por fe Abel ofreció a Dios un sacrificio más excelente que Caín*» (Heb. 11:4).

Esto aclara la cuestión. Porque fe es confianza en Dios y dependencia de su Palabra. Dios habla; la fe escucha, cree y obedece.

La fe es algo que se respira solo en la atmósfera de la revelación; se sostiene únicamente en la roca de las promesas divinas. Solo tiene oídos para las nuevas celestiales. No sabe leer otra cosa aparte de lo que el dedo de Dios escribe. Siempre está presta para dar la razón decisiva: «*El Señor lo ha dicho*».

Estamos seguros, pues, de que toda vez que Abel ofreció su ofrenda con fe, estaba siguiendo la dirección de Dios.

Somos conducidos así a vislumbrar muchos de los trabajos de su alma en este culto que rindió al Señor. No puede ser de otra manera: sus padres le harían saber, en términos que tra-

ducirían su vergüenza, la enormidad de su caída. De ahí que supiera lo ocurrido, que supiera que él mismo era un hijo de ira y heredero de una naturaleza corrupta.

Pero, ¿se detuvieron aquí sus padres? ¡Oh, no! En actitud de adoración agradecida, le contarían además que había sido prometido el perdón y que sería provisto un Redentor, plenamente calificado y poderoso para salvar, el cual ofrecería su vida en expiación. Le enseñarían también que había sido ordenado un rito por Dios mismo, mediante el cual podría ejercer su fe y mantener viva la expectación del Cordero salvador.

Esta era la Biblia de Abel. Así leía él las principales lecciones del Evangelio de la salvación. No vaciló en la incredulidad, sino que abrazó completamente la verdad para vida eterna. En la alborada del mundo, él vio el Sol de justicia.

La actitud de un pecador

Lector, ¿no acarrea esto mismo la condenación a las multitudes que, inmersas en el mismo resplandor de la luz, nunca consiguen la fe salvadora? Obtengamos así una visión de la intimidad espiritual de Abel. Allí, en aquel altar, está este hombre humilde, con fe y amor. Él tiene pleno sentido de su nulidad. Se humilla en polvo y ceniza. Su actitud confiesa que se ve perdido y arruina-

do, que es un pecador. Comprende que su paga ha de ser la eterna ausencia de Dios. Se da cuenta de que no tiene poder en sí mismo para ayudarse.

Pero está lleno de fe. Al no mirarse más a sí mismo, dirige su vista a otro. Sabe que en los cielos de los cielos vive un Salvador listo para descender con sanidad en sus alas. En la sangre de su víctima ve una prenda segura de la sangre preparada para limpiar hasta los más íntimos pliegues de su alma.

Abel está lleno también de amor santificador. Porque ningún hombre puede confiar en gracia tan plena, tan inmerecida, tan necesaria, tan efectiva, sin sentir que, al ser perdonado de tal modo de la perdición, se debe vivir una vida de sacrificio voluntario para el Dios misericordioso.

La instrucción paterna

En aquel tiempo había alguien más al lado de Abel, si bien un gran abismo los separaba. Era su hermano Caín. Él también había nacido con igual culpabilidad. Sin duda, compartía la misma instrucción paterna. En lo que respecta a ventajas externas no había diferencia. Pero, ¿era el mismo su carácter espiritual? En absoluto. La verdad que moldea a uno, solo endurece al otro. Uno recibe la bendición; el otro se abate bajo la maldi-

Abel no vaciló en la incredulidad, sino que abrazó completamente la verdad para vida eterna. En la alborada del mundo, él vio el Sol de justicia.

ción. Sus caminos para con Dios los ponen de manifiesto.

Es un panorama triste. Pero no desviemos nuestra atención. Veamos cómo Caín se descubre a sí mismo. Parece que acude a Dios. Esto es bueno. Pero, ¿qué trae? «*El fruto de la tierra*». A primera vista, parece que todo está en regla. Pero el disfraz cae, y vemos las odiosas señales que prueban que «*era malvado*».

Descubrimos el ego en la misma raíz de la religión de Caín. Dios ha ordenado la manera cómo tiene que ser invocado. Caín piensa que puede seguir un camino más de acuerdo con la majestad de los cielos y la dignidad del hombre. Coloca su mezquina razón por encima de los consejos del Omnipotente; se aparta de la voluntad revelada para palpar en la oscuridad de sus propios planes.

¿No es éste un caso lamentable? Sin embargo, es el engaño en que caen

muchos. «*Profesando ser sabios, se hicieron necios*». El ego, la voluntad propia del hombre, hace primeramente un dios, luego una religión y finalmente cava una fosa para su propia destrucción.

El orgullo de Caín

Vemos en segundo lugar el orgullo de Caín. Así ha de ser, pues suele ser el primogénito de la razón no iluminada. La creación ha hecho salir al hombre del polvo. El pecado lo convierte en el más vil polvo. Pero, aún así, sigue andando, lleno de vanagloria, hasta que la gracia abre sus ojos y lo vuelve al lugar más bajo de su propia natural humildad.

Así ocurrió con Caín. No siente ni el pecado ni la necesidad de perdón. Por consiguiente, con orgullo presenta una ofrenda que le habla de la corrupción de la naturaleza.

Altivo, no quiere lavarse en la sangre del Redentor, para purificarse, de modo que viene a ser el modelo de esta clase de personas que, en todo tiempo, dicen: «*Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo*» (Apoc. 3:17).

La incredulidad que hunde

Había incredulidad también en la actitud de Caín. Dios había expuesto claramente la redención por Cristo.

Pero Caín no cree. La incredulidad cierra sus ojos; no desea mirar a Jesús. Cierra su mano, no quiere apoyarse en él. Cierra su boca; no anhela clamar a él. Cierra su corazón; no lo abrirá nunca a él.

¿Te maravillas de su locura? ¡Ten cuidado! La conciencia puede decirte: «*Tú eres aquel hombre*» (2 Sam. 12:7).

El final se nos describe rápidamente. Lo malo se vuelve pronto peor. La incredulidad se desliza veloz por la pendiente hasta llegar allí donde el Evangelio nunca es predicado y no hay esperanza.

Dios alterca. Caín no se somete. Ve la justicia que es por la fe, solo para odiarla más. Mediante el asesinato de su propio hermano piadoso, busca apagar la luz que todavía brilla sobre él. Se hunde en la desesperación, y desde sus prisiones eternas clama: «*Ve con cuidado, y no rechaces el sacrificio más excelente*».

Lector, puede ser que, cuidadoso de muchas cosas, hayas sido sin embargo negligente en lo que debería ser el principal cuidado del hombre. Escucha por un momento. Te lo ruego.

¿No oyes una voz que te formula una pregunta basada en esta narración? Una voz que te dice: ¿Eres de Abel o de Caín? En términos más sencillos: ¿Recibes o rechazas al Señor Jesús? Este es el punto importante. Él fue el

fin del «*sacrificio más excelente*» que Abel trajo y que Caín desechó (Heb. 11:4). Cristo es el Cordero señalado por Dios, aceptado por Dios y llevado hasta nuestra misma puerta por medio de las Escrituras.

¿Quién puede apreciar en todo su profundo valor, los poderosos motivos que impulsan al pecador para apropiarse de este sacrificio? Son más numerosos que los momentos de la eternidad. Cada uno habla más alto que los truenos del Sinaí. Cada uno tiene clamor estremecedor, como la trompeta de Dios.

El sacrificio más excelente

Considera solamente su poder real. Es éste: Salva eternamente a las almas de todos los pobres pecadores que lo presentan a Dios por la fe.

¿No es preciosa tu alma? Más allá de todo pensamiento. Necesita redención de la ira y de la ruina. ¿Estás preparado para ofrecer su valor equivalente?

Imagínate que las balanzas de los cielos hicieran la prueba. ¿Qué podrías presentar como contrapartida en el otro platillo de la balanza? No tienes nada, lo que tienes es más ligero que la vanidad. Pon ahora el «*sacrificio más excelente*». Su valor está por encima de todo precio. Ofrécelo y eres salvo. ¿Serás como Caín y rechazarás este sacrificio?

Son muchos tus pecados. La arena del mar es poca en comparación; pero cada uno de ellos ha de ser borrado, o perecerás eternamente.

Un pecador no perdonado no puede entrar en el reino de los cielos. ¿Qué harás entonces? Una cosa es clara: No puedes hacer nada, no puedes deshacer el pasado.

Pero he aquí «*el sacrificio más excelente*» limpia de todo pecado. Por él, toda clase de pecados son perdonados a los hijos de los hombres. Cambia lo más vil en perfecta pureza. Sus méritos pueden hacerte a ti sin mancha. ¿Querrás ser tú como Caín y rechazar «*el sacrificio más excelente*»?

Tú necesitas paz. Satanás aturde. La ley te condena, la conciencia te acusa. Tus heridas son profundas, tus cargas pesadas. El corazón se derriete. Andas taciturno y pesado. Te miras a ti mismo y te desesperas. Miras el mundo y se burla de tu problema. Buscas una fuente y resulta una cisterna rota. Vuelas hacia los actos externos de la religión y son como cañas, te apoyas en ellas y te hieres las manos.

¡Cuán distinto es el «*sacrificio más excelente*»! Nos habla de que Dios está satisfecho, el pecado remitido, y todos los acusadores enmudecidos. Trae perfecta paz, que sobrepasa todo entendimiento.

¿Serás como Caín y rechazarás el «sacrificio más excelente»?

Tú deseas santificación, anhelas ser conformado a la imagen de Cristo. Esto está bien, porque es eterna ley de Dios que sin santidad nadie le verá.

Pero la santidad solo puede aprenderse en ese altar. Es la visión del Cristo muriendo por nosotros lo que mata nuestra concupiscencia. Es la sombra de la cruz lo que hace temblar al enemigo. Un amador de la iniquidad no puede morar en la gloria. Pero no hubo jamás un hombre santo que no viviese en la gloria, al apoyarse en «el sacrificio más excelente». Si deseas andar con Dios en verdade-

ra justicia, no imites a Caín, no rechaces este sacrificio.

Recuerda: este sacrificio es único. Jesús, por la ofrenda de sí mismo, hecha una sola vez, «hizo perfectos para siempre a los santificados» (Heb. 10:14). Descúidalo, y no podrás hallarlo en ninguna otra parte. Descúidalo hoy, y tal vez mañana lo buscarás en vano. Escucha, pues, la voz de Abel que te llama sin descanso para que te apresures a acudir al altar de tu salvación.

Lector, no dejes estas líneas sin antes declarar: Me gozo verdaderamente en el Señor Jesucristo, y él es para mí «el sacrificio más excelente».

MIGAJAS DE LA MESA DE DIOS

En un relato de la vida de John Williams (1796-1839), misionero en las islas de los mares del Sur, leemos la siguiente historia:

«Un hombre llamado Buteve solo podía desplazarse de rodillas, pues una grave enfermedad había paralizado sus manos y sus pies. Él vivía lejos de la casa misionera y nunca había podido asistir a sus reuniones de culto; sin embargo, era un creyente feliz.

Un día en que Williams estaba en el pueblo de Buteve, éste llegó como pudo hasta el misionero, y le dijo con una sonrisa: «¡Bienvenido, siervo de Dios, tú has traído la luz a este oscuro país! ¡Gracias a ti tenemos la palabra de la reconciliación!».

Al hablar con él, el misionero se dio cuenta de que el hombre conocía bien la doctrina esencial de evangelio y que Jesucristo era su Salvador.

Entonces le preguntó donde había aprendido todo eso, y Buteve le explicó su secreto: «Cuando la gente regresaba de la predicación, yo me arrastraba hasta el camino y les rogaba que me contasen lo que habían oído. Uno había retenido una cosa, otro otra. Luego juntaba todas las migajas que habían caído de la mesa de Dios, y fue así como encontré la salvación y la paz en Jesucristo».

La casa de Dios (2)



Reflexionando sobre la iglesia como el lugar donde los cielos y la tierra se encuentran.

Luiz Fontes

“

Esto te escribo, aunque tengo la esperanza de ir pronto a verte, para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad».

— 1ª Tim. 3:14-15.

En el caminar de la iglesia, hay un gran peligro en que las verdades espirituales se transformen en mera retórica, en una religión muerta, vacía y sin sentido. De esta manera, los mensajes, las reuniones, el partimiento del pan, la adoración, la comunión, todas esas cosas, pueden adquirir un carácter superficial.

Sal insípida

Podemos, inconscientemente, endurecer nuestro corazón a las verdades cristianas, y de cierta forma perder la sensibilidad, el discernimiento espiritual, de manera que todas las cosas espi-

rituales se vuelvan una mera rutina en nuestras vidas. Esto es muy peligroso. Si no somos ayudados por el Espíritu Santo, si él no tiene camino en medio de nosotros, nos volveremos una sal insípida.

Entonces, en un tema como éste, necesitamos estar llenos del temor del Señor y tomar con mucha seriedad la palabra del Señor, procurando aplicarla a nuestra vida personal y congregacional. Necesitamos osadía para hacer esto, porque nuestro enemigo trabaja en todo tiempo para mantenernos en la superficialidad; todo su esfuerzo es para diluir la verdad y conformarnos con cosas triviales. La vida cristiana, el mensaje, las reuniones, por más gloriosos que ellos sean, se volverán solo mero entretenimiento para nuestra satisfacción religiosa.

El Señor nos ayude a tomar este asunto con mucho celo. Este no es un tema para entretenimiento, sino para clamar al Señor a fin de que nos dé la realidad de esto en nuestras vidas, a partir de nuestros relacionamientos más íntimos, en nuestro propio hogar, en la comunión de la iglesia, en todas las esferas.

Realidad más elevada

Ya hemos visto en 1ª Timoteo 3:14-15 que la iglesia es la casa de Dios. Pablo usa dos figuras para ilustrar

esto – la columna y el baluarte. La columna tiene que ver con la conexión entre los cielos y la tierra, y el baluarte tiene que ver con esa estructura indestructible. La iglesia tiene esta conexión celestial y esta firmeza indestructible. Eso, por sí solo, nos dice que la iglesia es algo especial, algo que no tiene nada que ver con el carácter de este mundo. Su naturaleza no es mundana, su vivir no tiene nada que ver con los patrones de este mundo, su mentalidad no debe ser secularizada.

Toda la realidad de la vida de la iglesia es estrictamente celestial y espiritual. Por más que tengamos realidades prácticas, y aunque estemos limitados por el tiempo y por el espacio, nosotros debemos tener una única certeza – la iglesia vive en una esfera más elevada, en una realidad espiritual más elevada.

El sueño de Jacob

Entonces, el Espíritu Santo nos va a conducir por su Palabra. Y el primer ítem que agregamos a esta verdad que Pablo menciona está en Génesis capítulo 28, en la maravillosa experiencia del sueño de Jacob. Aquél no es meramente un sueño, sino una gran revelación de Dios.

Jacob vio una escalera que tocaba los cielos y la tierra, vio a Dios sentado en la cima, y asombrado dijo:

«Este lugar es casa de Dios y puerta del cielo». Aquí tenemos un ítem más. La iglesia no es solo la conexión entre los cielos y la tierra, no es solo esta fortaleza, sino que ella es aquí en la tierra una puerta celestial, donde están ocurriendo grandes movimientos celestiales.

Nuestra vida cristiana práctica, en todas sus esferas, está limitada a esto. Solo cuando entendemos este cielo abierto, cuando entendemos que estamos en una posición elevada en este mundo, a pesar de que nuestros pies estén aquí, nuestro corazón está en una posición más elevada. Si así vemos la iglesia y la vida cristiana, entonces estamos de acuerdo con los pensamientos de Dios, con el patrón de Dios.

En el capítulo 1 del evangelio de Juan, a partir del versículo 43 hasta el 51, el Señor traduce para nosotros lo que él le mostró a Jacob, en aquel encuentro del Señor Jesús con Natanael.

A primera vista, Natanael no le dio mucha importancia a la invitación de Felipe. «¿De Nazaret podrá salir algo bueno?». Felipe le dijo: «Ven y ve». Y cuando se acercaban al Señor, en su omnisciencia perfecta, él reveló algo del corazón de Natanael. Jesús dijo que en aquel corazón había un hombre sincero. Natanael quedó

muy sorprendido con las palabras del Señor, y le dijo: «Señor, ¿de dónde me conoces?».

El Señor no solo desveló su corazón, sino que le mostró que él lo conocía desde antes. Tal vez asombrado como Jacob, allí estaba Natanael ante el Señor. Y entonces el Señor dijo: «De cierto, de cierto os digo: De aquí en adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre».

Nuestro Señor Jesús lanza luz al interpretar el sueño de Jacob. Pero no solo eso. Él pone un ítem de realidad espiritual en la interpretación de aquel sueño. Esto es importante para nosotros desde el punto de vista práctico, porque lo que el Señor Jesús describe aquí es lo que está aconteciendo con nosotros ahora.

Cielo abierto

Si vamos a Hebreos capítulo 10:19-25, veremos esta realidad de manera más amplia. En este texto, el autor dice que tenemos que usar de osadía, de confianza, de intrepidez, para entrar en el Lugar Santísimo, por el camino nuevo y vivo que el Señor Jesús nos abrió a través de su cuerpo. En esta sección de Hebreos 10, nos queda claro que, entre nosotros —la iglesia del Señor Jesús— y

el trono de Dios, hay un cielo abierto.

¿Y por qué es que ese cielo está abierto? Porque hay una escalera, y esa escalera es el camino. El Señor Jesús dice: «Yo soy el camino». Pero hay algo muy glorioso detrás de este camino. Nosotros tenemos este camino, porque tenemos un gran sumo sacerdote sobre la casa de Dios. Entonces, al examinar con cui-

raleza, como de «nuestros pecados», que son los frutos de nuestra propia carne. Pero existe otro problema que muchas veces no vemos.

Venciendo la culpa

A veces, inconscientemente, nos sentimos inseguros, afligidos y, a causa de este mal oculto, perdemos nuestra osadía, y nos quedamos mirando al pecado. El problema no es

La iglesia es aquí en la tierra una puerta celestial, donde están ocurriendo grandes movimientos celestiales.

dado los versículos 19 al 25 de Hebreos 10, vemos un camino abierto, los cielos abiertos, y vamos a encontrar la casa de Dios y a ese gran sumo sacerdote.

Él está aquí, porque él es la garantía de nuestra osadía. Solo tenemos confianza, esta gran libertad de entrar en los más altos cielos, por causa de él. Porque dos cosas siempre impidieron que nosotros tuviésemos comunión con Dios – nuestros pecados, y la culpa.

Muchas veces hemos mirado el pecado de una manera errada. Nosotros buscamos entender la cuestión del pecado, tanto de «el pecado» en singular, que habla de nuestra natu-

el pecado, sino la culpa. Satanás pone un peso de culpa. Y esa culpa provoca dudas, como si tú no confiaras que Dios te perdonó. Pero él ya nos perdonó, y su perdón es para siempre, total e incondicional. Eso es maravilloso. Nuestros pecados han sido perdonados; hemos sido liberados de nuestra culpa.

Cuando la Biblia dice que Dios ha enviado nuestros pecados al mar del olvido (Miqueas 7: 18-19), que él no se acordará nunca más de ellos (Hebreos 10:17), no es que Dios tenga problemas de memoria, sino que él nunca más nos cobrará una deuda que él ya pagó. Entonces podemos entrar y regocijarnos, porque los cie-

los están abiertos sobre este lugar. Podemos acercarnos a Dios y hablar con él cara a cara. ¡Gracias a Dios por Cristo Jesús!

«Este templo»

Esos han sido los puntos ya abordados. Ahora necesitamos el capítulo 2 del evangelio de Juan, para poder entender de manera más clara lo que el Señor nos dice en el versículo 51 del capítulo 1.

«Estaba cerca la pascua de los judíos; y subió Jesús a Jerusalén, y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado. Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume. Y los judíos respondieron y le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Mas él hablaba del templo de su cuerpo. Por tanto, cuando resucitó

de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho» (Juan 2:13-22).

Existen algunos detalles en este pasaje que necesitamos extraer con sumo cuidado. Primero, en el versículo 14, vemos la palabra *templo*. Aquí, significa un lugar sagrado para sacrificios. En el original, el término significa solo eso, un lugar separado para sacrificios. Sin embargo, en el versículo 19, Jesús dice: «Destruid este templo», y el término que usa aquí es diferente al anterior. Esta vez, la traducción es la misma de Apocalipsis 11:1, «santuario de Dios». En Juan 2:19, la palabra *templo* es la descripción del Lugar Santísimo. Note las diferencias de estas dos palabras. Esto es muy importante.

A veces ocupamos unos segundos en leer esta porción de las Escrituras, pero si tú buscas conocer la mente de Dios, son necesarios muchos más que algunos minutos. Se necesita tiempo a los pies del Señor, para que él ponga inspiración en el corazón y nos dé revelación de esto. Cuando él te dé revelación, te dará la interpretación, te llevará a la aplicación y así crecerás espiritualmente en la Palabra. Nosotros no leemos la palabra de Dios para tener cono-

cimiento, sino para tener experiencia con Dios mismo.

Vean la diferencia entre estos dos vocablos. Cuando el Señor Jesús dice: «Destruid este templo», él se está refiriendo al santuario de las moradas del Altísimo. Vean en el versículo 21. Juan dice que él estaba haciendo referencia a su propio cuerpo, porque, cuando él estuvo aquí en la tierra, él era el lugar de la habitación del Padre, el lugar donde los cielos y la tierra se encontraban.

Durante el bautismo del Señor, los cielos se abrieron sobre él. El Espíritu Santo vino en la forma corpórea de una paloma, y la voz de Dios vino sobre él. «Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia». La expresión «en quien tengo complacencia» significa «que en mí provoca emociones».

Cuando el Señor Jesús estuvo en la tierra, él era el santuario de la morada de Dios, el único lugar en la tierra donde el Padre se sentía emocionado. En él, el Padre tenía toda su satisfacción. Porque durante toda la eternidad, cuando no había nada ni nadie, sino solo el Padre, el Hijo y el Espíritu, estas tres benditas personas vivían una gloriosa comunión, la mayor descripción de un relacionamiento que existe.

El Padre y el Hijo vivían el uno para el otro; no había diferencia alguna entre ellos. El Padre tributando amor eterno a su Hijo como el objeto eterno de su amor, eternamente. El Padre nunca necesitó de nada, porque todo su deseo era satisfecho en su Hijo. Pero un día el Padre se despojó de todo ello, por causa de ti y de mí. Él se despojó de su único Hijo, de su mayor placer, por causa de nosotros.

Pericoreis

Quien quiera estudiar la historia de la iglesia, lea la historia de los llamados ‘padres capadocios’, Gregorio de Nisa y Gregorio Nacianceno, que escribieron sobre este grandioso asunto, buscando entenderlo de manera más íntima. No hubo otros eruditos que pudiesen tocar esto de manera más profunda. El nombre de esta relación eterna es *pericoreis* (gr. *peri*: entorno; *coresis*: danza), y se refiere a la comunión del Padre con el Hijo como la danza del uno en torno del otro. Es algo muy maravilloso.

Algunos teólogos latinos mencionan una palabra similar, que significa que había una fuerte interpenetración de estas benditas personas en sus afectos, en su amor, en su gloria. Esto es algo muy precioso, porque, cuando tú puedes estudiarlo, empieza

zas a darte cuenta del propio corazón de Dios; por qué fue que él se despojó para alcanzarnos a ti y a mí.

El perdón de nuestros pecados no es el punto más elevado de esta redención. Pero sí es verdad que un día, tú y yo podremos ser parte eternamente de esta gran *pericoresis*. Un día, nosotros también estaremos eternamente con ellos, siendo amados de la misma forma que el Señor Jesús fue amado por el Padre. Qué tremenda realidad es ésta. Y esta realidad tan gloriosa solo puede ser experimentada en la vida de la iglesia, la casa de Dios.

Doctrina profunda

La casa de Dios no es un tema retórico, sino una doctrina muy profunda y gloriosa. Nos falta conocimiento para poder entrar en las esferas más profundas de esta doctrina; pero, hasta donde el Espíritu nos esté permitiendo ver, nos deja asombrados. El Espíritu Santo nos ayude, para que podamos captar esto y tener un mayor gozo en el corazón, porque no solo veremos la iglesia, sino que buscaremos vivir la vida de iglesia de una manera más centrada en Cristo Jesús.

En los versículos 15 al 17, vemos al Señor Jesús haciendo un azote y expulsando a todas aquellas personas del templo. Para muchos, esto es

curioso, porque él estaba viendo una cosa, pero la realidad era mucho mayor que aquello. Allí había un templo real, pero había una realidad mucho mayor que aquel templo físico, y aquella realidad mucho mayor estaba dentro de Jesús, en el pensamiento del Padre.

Nuestro Señor Jesús vio aquel templo y aquel tráfico de personas vendiendo animales para sacrificio, mientras otros cambiaban dinero. Había gran movimiento de dinero; las personas venían de todos los lugares a aquel mercado. El Señor los expulsó a todos. ¿Será que él estaba preocupado con aquel edificio? De ninguna manera.

El versículo 17 dice: «*El celo de tu casa me consume*». Cuando nuestro Señor Jesús estuvo aquí en la tierra, había algo que le consumía – el celo por la casa de Dios. ¿Por qué esto le consumía? Porque era muy importante para él, y era muy importante para el Padre. No era algo trivial; era un asunto vital de su ministerio.

Levantar

Otro detalle. En el versículo 19, Jesús dice: «*Destruid este templo, y en tres días lo levantaré*». La palabra *levantar* aparece 134 veces en el Nuevo Testamento. Especialmente en el evangelio de Mateo, en el original, aparece 33 veces, y 11 de ellas

se refieren a la resurrección. Entonces, él está diciendo aquí que este cuerpo de su carne, este santuario de Dios, entraría en la muerte.

Fue necesario esto, que el Señor no solo venciera al mundo y a la carne, sino también a la muerte. En la cruz, no fue la muerte quien le mató, sino él quien mató a la muerte.

Para tener esta casa espiritual, según el pensamiento de Dios, el Señor venció al mundo, a la carne y a la muerte, y también al diablo y su imperio. Por esta razón, él dice que las puertas del Hades no prevalecerán contra esta casa espiritual.

Él entró en la muerte. *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu... Consumado es»*. Gracias a Dios por eso. El entró en la muerte, y resucitó. Y ahora hay una casa espiritual, que fue generada en el poder de la vida de resurrección.

Esta es la mayor expresión del poder de Dios – el poder de la resurrección.

La casa de mi Padre

Ahora necesitamos un pasaje más para poder interpretar los textos que ya hemos citado. Vemos la conexión que existe aquí. Necesitamos de esta porción del capítulo 2 de Juan para tener más luz sobre los versículos 50 y 51 del capítulo 1.

Un detalle más, antes de seguir avanzando. En el versículo 16, cuando él dice: *«No hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado»*, hay un principio interesante. Los eruditos de la Palabra, al examinar el evangelio de Juan, descubrieron muchos aspectos de este evangelio que no se hallan en otro lugar de la Biblia, ni aun en los otros evangelios. Por eso, el evangelio de Juan es llamado «el evangelio místico».

Entre los asuntos intrigantes de este evangelio, se descubrió que existen en él algunas palabras y frases que solo figuran dos veces en toda la Biblia. Cuando ellos percibieron esto, vieron que estas expresiones formaban un conjunto, como si una fuese una puerta y la otra una llave. Y, cuando se logra juntar estas dos palabras, se tiene una apertura para una revelación.

La frase *«la casa de mi Padre»*, aparece una vez más. Podemos usarla como un puente para avanzar en el evangelio de Juan y buscar más luz sobre lo que él está diciendo en el capítulo 2 y en el capítulo 1. Entonces, cuando lees el capítulo 1, tienes la interpretación del capítulo 28 de Génesis. Cuando lees el capítulo 2, tienes una realidad mayor de aquello que él interpretó en el capítulo 1. Porque él va a poner fundamentos, y va a hacer, a partir de lo

que habla en el capítulo 2, que este asunto de la casa de Dios se manifieste en mayor grandeza en todo el Nuevo Testamento.

Ahora, en el capítulo 14 del evangelio de Juan, leemos: «*No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros*» (Juan 14:1-2).

Presten atención a los detalles en estos dos textos. Primero, en la frase «*la casa de mi Padre*». Él habla en el capítulo 2 sobre «*la casa de mi Padre*», la cual es él mismo, es el santuario de su cuerpo, el santuario que entró en la muerte y resucitó.

puede ser descrita de maneras diferentes.

Por ejemplo, para el Padre es una familia constituida de muchos hijos hechos a imagen de su Hijo. Para su Hijo, es una novia, para su satisfacción eterna. Y para el Espíritu Santo, es un santuario, para su gloria y habitación eterna. Esta es la perspectiva eterna de la casa del Padre.

«*En la casa de mi Padre muchas moradas hay*», porque cada uno de nosotros componemos este cuadro. Cada uno de nosotros somos parte de esas moradas. Si la casa es del Padre, es él quien va a habitarlas. Cuando yo era niño, en la escuela bíblica, la lección sobre la nueva Jerusalén era que nosotros iríamos a mo-

Nosotros no leemos la palabra de Dios para tener conocimiento, sino para tener experiencia con Dios mismo.

Una casa, muchas moradas

Ahora, tenemos aquí algo muy especial, porque el Señor describe algo más. «*En la casa de mi Padre muchas moradas hay*». Descubrimos que esta es una casa que tiene muchos ambientes. Solo tiene un morador, el Padre. Esta casa del Padre

rar en ella. Pero esa no es la verdad bíblica. La verdad es que nosotros seremos la nueva Jerusalén, la obra maestra del Hijo de Dios, y el propio Dios nos habitará eternamente.

Preparar

Veamos algunos detalles. Observen la frase: «*Voy a preparar lugar para vosotros*». Subrayen la palabra «pre-

parar». En el Nuevo Testamento hay dos textos que, de manera muy especial, amplían la comprensión de esta palabra. Porque el sentido de esta palabra, de acuerdo con el original, es algo muy glorioso.

Hebreos 11:16. «*Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad*». Ahora, Apocalipsis 21:2 interpretará Hebreos 11:16. «*Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta (preparada) como una esposa ataviada para su marido*». Aquí, la palabra «*preparada*» es el mismo término.

Al leer estos dos textos y volver a Juan capítulo 14, oímos al Señor Jesús decir: «*Voy a preparar lugar para vosotros*». Esto, por sí solo, ya es una frase muy profunda. Tenemos que estudiar todo el capítulo 21 y 22 de Apocalipsis, para entender la palabra «*preparar*». Porque Hebreos 11:16 tiene que ver con esta santa ciudad, la nueva Jerusalén, la novia, la esposa del Cordero. Qué cosa tan preciosa tenemos en Juan 14:2. Solo un versículo, pero con tanta grandeza y profundidad.

El que me ama...

Pongan atención a la palabra «*moradas*». Una palabra de significado

muy especial. Al estudiar el evangelio de Juan, ella aparece solo una vez más en el capítulo 14. El versículo 23, dice: «*El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él*».

No podemos leer nada en la palabra de Dios de manera simplista. Necesitamos mucha ayuda del Espíritu Santo, porque todo está conectado. Este Libro es único, y aquello que nuestro Señor Jesús dice es un grado elevado de revelación mucho más profundo.

Pongan atención a estas palabras. «*El que me ama...*». Aquí hay un ítem importante, que revela nuestros afectos. ¿Tú amas a Dios? ¿Cuál es la prueba de tu amor por él? ¿Cómo podemos, de hecho, probar nuestro amor por Dios? ¿Leyendo la Biblia, buscando la comunión unos con otros, orando, adorando? Esas cosas son muy importantes; pero ellas son consecuencias de un verdadero vivir cristiano.

Existe algo que el Señor nos advierte. Él dice: «*El que me ama, mi palabra guardará*». Este «*guardará*» tiene el sentido de tomar alguna cosa muy preciosa y ponerla en un lugar elevado, para que no se pierda, para que no quede tirada. Esta es una palabra muy importante. «*El*

que me ama, mi palabra guardará». ¿Cuál es la consecuencia de guardar, de tener celo por su palabra? Es ser esta morada de Dios. Hermanos, guarden esto. Esto es muy serio.

Figura tenebrosa

No puedo dejar de agregar algunas cosas. ¿Ustedes recuerdan la carta a Laodicea en Apocalipsis 3? Aquella iglesia es una figura del cristianismo degradado, de una iglesia fría, indiferente, aunque era una iglesia que se sentía rica, quizás no solo en un sentido material, porque ella no sentía falta de nada, ni siquiera de valores espirituales, creyendo tenerlo todo. Ella parecía tener muchos dones, quizás estaba muy feliz con su vida de oración, pensando haber llegado a los niveles más altos de la oración.

Laodicea era muy próspera; todos sus miembros estaban felices. Todo funcionaba para ellos. Pero había un detalle. Al comparar Laodicea con Filadelfia, el Señor dice a Filadelfia: «He puesto delante de ti una puerta abierta». Esta puerta abierta, al mirar a Génesis 28 o a Juan capítulo 1, es el propio camino celestial. En Filadelfia, los cielos y la tierra se encontraban.

El Señor les dice que, aunque eran una iglesia que se sentía muy débil, ellos amaban y guardaban la pala-

bra de Dios. Pero al mirar a Laodicea, vemos que el Señor está afuera. Este es el cuadro más triste, la figura más tenebrosa de la Biblia. Si la casa es suya, ¿por qué él está tocando para entrar? ¿Quién le cerró la puerta? La indiferencia, la frialdad, el orgullo espiritual, apartan al Señor de nosotros.

Esto es muy triste. Cuando lees Apocalipsis 3:20, y consigues ver según los ojos del Señor, no puedes evitar el llanto. Ves al Señor afuera, llamando a la puerta de su propia casa, la casa que él mismo edificó y por la cual él dio su vida. ¿Será así nuestro corazón? ¿Será esa nuestra vida? ¿Será que tenemos un corazón endurecido de falsa espiritualidad? ¿Será que tenemos un ateísmo inconsciente dentro de nosotros, una religiosidad periférica, una fe superficial?

Hermano o hermana, si tú te encuentras hoy en este estado, ve a los pies del Señor; permite que él destrabe tu corazón, y que él pueda entrar y cenar contigo hoy. Hoy puede ser un día especial. No sigas con ese corazón de Laodicea.

Guardando su Palabra

Hay otro punto acerca del cual quiero llamar también tu atención. El Señor dice: «*El que me ama, mi palabra guardará».* Esto es algo muy

serio. En Mateo capítulo 7, hay algo muy importante, cuando el Señor está concluyendo su Sermón del Monte. Antes de eso, él hace dos advertencias.

«No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad» (v. 21-23).

A partir del versículo 24, él dice: *«Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca ... Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina»* (v. 24, 26).

El Señor habla de cosas prácticas. Observen la expresión: *«...y fue grande su ruina»*. La palabra *ruina*, aquí, es la expresión que describe el último estado de un cuerpo en descomposición. Me impresiona mucho

que el Señor utilice esta palabra, porque es una descripción muy triste. Esto nos indica cuán seria es la palabra del Señor.

Nosotros no podemos solo amar a los hermanos e ir a las conferencias simplemente para encontrarnos con los hermanos. Eso es agradable, pero tiene que haber algo más. Debemos tener responsabilidad con el hablar del Señor; debemos albergar su Palabra de manera íntima dentro de nosotros. Esto es muy serio, porque si menospreciamos la palabra del Señor, él también nos despreciará.

Cuando unimos los versículos 21 al 23 con los versículos 24 al 29, vemos que el Señor está abordando las mismas cosas. Solo hay una forma de hacer la voluntad del Señor – edificando nuestra vida sobre la Roca. ¿Cuál es la característica de una vida edificada sobre la Roca? Aquel que ama la Palabra, procurará practicarla, porque el propósito de ella es la práctica espiritual de la vida de Dios. Nosotros no somos capaces de eso; pero el Espíritu Santo nos ayuda, pues él camina con nosotros.

Para concluir, quiero dejarles un pasaje para leer con sumo cuidado. Jeremías 36. Este capítulo nos explica el sentido práctico de lo que el

Señor dice en Mateo capítulo 7 sobre aquellos que oyen sus palabras y no las practican. El Señor nos muestra aquello que está en Juan 14, porque aunque vivamos la vida cristiana con todas nuestras fuerzas, si no amamos la Palabra y no somos serios al respecto, no tendremos un compromiso firme con ella.

La ruina de Joacim

Antes de ir a Jeremías, examinemos algo notable en Mateo 1:11. «*Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos, en el tiempo de la deportación a Babilonia*». Ahora, veamos 1 Crónicas 3. Si eres celoso en el estudio de la Palabra, coloca junto a Mateo 1:11 este versículo, porque algo tiene que llamar tu atención aquí.

1 Crónicas 3:15-16: «*Y los hijos de Josías: Johanán su primogénito, el segundo Joacim, el tercero Sedequías, el cuarto Salum. Los hijos de Joacim: Jeconías su hijo, hijo del cual fue Sedequías*». Vemos que en Mateo 1, Josías engendró a Jeconías. Y la genealogía de Crónicas es la misma genealogía de Mateo 1. Entonces, no fue Josías quien engendró a Jeconías, sino Joacim. ¿Por qué Joacim no aparece en la genealogía del Señor Jesús? Se necesita de 1 Crónicas capítulo 3 y luego Jeremías 36, para entender Mateo 1:11.

La Biblia dice que, en el cuarto año del rey Joacim, el Señor dio una palabra a Jeremías, y pidió que uno de sus compañeros la escribiese. Judá vivía entonces el peor estado de su apostasía. Esta palabra fue escrita, y leída delante de todo el pueblo.

Al oírla, hubo gran conmoción en todo el pueblo, y aun los príncipes de Judá quedaron muy impresionados, y a su vez pidieron que ella fuese leída delante del rey Joacim.

Sin embargo, el rey tomó el rollo, lo rasgó con un cortaplumas y lo arrojó al fuego. «*Y no tuvieron temor ni rasgaron sus vestidos el rey y todos sus siervos que oyeron todas estas palabras*» (ver Jer. 36:20-24).

Entonces, ¿por qué Joacim fue quitado de la genealogía del Señor Jesús? Porque él despreció la palabra de Dios. El Señor dice: «*...y fue grande su ruina*», y «*Nunca os conocí; apartaos de mí hacedores de maldad*». No hay mayor ruina que ésta.

Este asunto de la casa de Dios es algo muy glorioso, que estremece nuestros corazones; pero también es un tema que implica grandes exhortaciones. Que el Espíritu de Dios triunfe sobre nuestras vidas, a través de su Palabra. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2014.

La obra inclusiva de Cristo

...a la luz del libro de Josué



Nuestra participación en la obra objetiva de Cristo es exclusivamente por la fe, y esta verdad vale para todos los seres humanos.

Rubén Chacón

Moisés ha muerto

El libro de Josué comienza constatando el suceso con que finalizó el libro de Deuteronomio: la muerte de Moisés. La mención de este siervo de Dios en los respectivos episodios de su vida tiene al menos tres posibles significados, según el contexto y el propósito donde son mencionados: 1) Como tipo de Cristo; 2) como el hombre mortal que fue; y 3) como figura de la Ley. Este último caso es el que encontramos aquí en el libro de Josué.

En efecto, Josué no podía entrar en escena hasta que Moisés muriera. ¿Por qué? Porque Moisés representa aquí la ley, la cual no puede introducirnos en el reposo del Señor. Solo Josué, quien representa en este punto a Cristo, lo podía hacer.

Por lo tanto, detrás de la trágica noticia comunicada a Josué, «*mi siervo Moisés ha muerto*», se esconde no obstante una buena noticia. La

liberación de la ley es fundamental para experimentar la nueva vida que tenemos en Cristo. Solo Cristo – nuestro Josué– nos pudo libertar de la ley e introducirnos en su propia vida a través de su muerte y resurrección, tipificadas aquí por el cruce del río Jordán. Canaán representa a Cristo mismo y el disfrute de su vida maravillosa y plena. Sin embargo, para tal efecto, la ley –cuyo tipo es Moisés– es completamente inútil e ineficaz. Ella no solo no puede introducirnos en la vida plena de Cristo, sino que es uno de los mayores obstáculos –junto con el dominio del pecado– para disfrutar la vida divina. La muerte a la ley era absolutamente necesaria para cualquiera que pretendiera vivir la vida cristiana. Pero la buena nueva es que Moisés ha muerto y *ahora* Josué –tipo de Cristo– nos puede llevar a través de su muerte por el Jordán, dejando atrás para siempre el desierto y la ley, y sacarnos a resurrección de una nueva vida.

El Nuevo Testamento da cuenta de esta preciosa verdad en los siguientes términos: *«Así mismo, hermanos míos, ustedes murieron a la ley mediante el cuerpo crucificado de Cristo, a fin de pertenecer al que fue levantado de entre los muertos... Pero ahora, al morir a lo que nos tenía subyugados, hemos quedado libres*

de la ley, a fin de servir a Dios con el nuevo poder que nos da el Espíritu, y no por medio del antiguo mandamiento escrito» (Rom. 7:4-6 NVI).

Levántate y pasa este Jordán

Ahora que Moisés ha muerto, dice Jehová a Josué: *«Levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel»* (1:2). La frase *«tú y todo este pueblo»* es lo que podemos llamar la muerte inclusiva de Cristo. Como dirá Pablo: *«si uno murió por todos, luego todos murieron»* (2ª Cor. 5:14). Cuando nuestro bendito Señor Jesucristo murió, lo hizo en representación de todo el género humano. Por eso, es que podemos decir que en él todos murieron.

El apóstol Pablo dirá lo mismo a los romanos: *«sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado **juntamente** con él...»* (Rom. 6:6). La palabra clave en este texto es «**juntamente**». Nuestra muerte no está separada de la del bendito Hijo de Dios. Por el contrario, nuestra muerte ocurrió «**juntamente con él**». Ahora bien, el que murió crucificado fue Cristo y solo él; sin embargo, en él todos estábamos incluidos y su muerte pasó a ser nuestra muerte. Así, con la misma certeza de fe con la cual afirmamos que Cristo murió,

podemos confesar también nuestra muerte en él.

Cuando Josué pasara por el lecho del Jordán y con él todo el pueblo de los hijos de Israel, estaría tipificando con ello la muerte inclusiva de Cristo. Este hecho es equivalente al que más tarde experimentaría el profeta Jonás en el vientre del gran pez, como preludio de la muerte de Cristo: «*Desde el seno del Seol clamé, y mi voz oíste. Me echaste a lo profundo, en medio de los mares, y me rodeó la corriente; todas tus ondas y tus olas pasaron sobre mí*» (Jonás 2:2-3).

El cruce milagroso del Mar Rojo también en principio significa la muerte

ce en la bendita vida de Cristo. Pero ambas realidades fueron obtenidas por la sola y única muerte de Cristo.

No obstante, la carta de Pablo a los efesios revela que Cristo no fue inclusivo solamente en su muerte, sino también en su resurrección. Si así no hubiese sido, sería como si Josué hubiese llevado a los hijos de Israel solo hasta el lecho del río Jordán.

Obviamente, ello no hubiese tenido sentido. Bajar hasta el fondo del río era necesario a fin de cruzarlo y llegar hasta la otra ribera. Descender hasta lo profundo tipifica la muerte, pero salir del fondo del río hasta llegar al otro lado simboliza la resurrección.

La fe es la única respuesta necesaria y suficiente a la revelación de la muerte y de la resurrección, inclusivas de Cristo.

de Cristo, pero en un aspecto distinto al del río Jordán. El primero nos separó para siempre de Egipto; el segundo, en cambio, nos separó para siempre del desierto. El Mar Rojo tipifica la muerte de Cristo por nuestra salvación; el Jordán, la liberación de la ley. El primero, nos introduce en la bendita realidad de la redención; el segundo, nos introdu-

ción. Ambas cosas van juntas; la primera existe para la segunda. Son las dos caras de una misma moneda.

Libres para vivir a Cristo

Así también Cristo nos unió no solo a su muerte, sino además a su resurrección: «*Y juntamente con él nos resucitó*» (Ef. 2:6^a). Observe nuevamente la palabra clave: «juntamen-

te». La liberación que alcanzó Cristo para nosotros con su muerte, necesariamente implicaba una liberación de y una liberación para. Su muerte nos libertó de la ley y nos libertó para participar de la vida del Hijo de Dios. El primer aspecto Jesucristo lo consiguió con su muerte, y el segundo, con su resurrección.

Pero el apóstol en su carta a los efesios no se detiene en la resurrección; él continúa más profundo todavía en las implicancias de la bendita y perfecta obra objetiva de Cristo, porque, después de afirmar que el Padre celestial nos resucitó juntamente con Cristo, agrega: «... y *asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*» (Ef. 2:6b). Gracias a la resurrección de Cristo, la iglesia no solo disfruta de la gloriosa vida del Hijo de Dios, sino que también goza de una nueva posición; su posición ya no es terrenal, sino celestial.

Y es precisamente en este ámbito celestial donde la iglesia de Jesucristo libra su lucha espiritual: «*Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes*¹». La

iglesia libra una lucha, pero no la guerra, porque la guerra la peleó y la ganó nuestro adalid, Cristo: «*Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz*» (Col. 2:15). La versión NVI lo dice de una manera aún más hermosa: «*Desarmó a los poderes y a las potestades, y por medio de Cristo los humilló en público al exhibirlos en su desfile triunfal*». De esta guerra y de nuestra lucha espiritual da cuenta en figura el libro de Josué.

El principio de los tres días

Lo anterior queda firmemente establecido, gracias a la reiterada mención de la frase «tres días». «*Dentro de tres días pasaréis el Jordán para entrar a poseer la tierra que Jehová vuestro Dios os da en posesión*» (1:11). Luego, el consejo de Rahab a los dos espías israelitas fue el siguiente: «*Marchaos al monte... y estad escondidos allí tres días, hasta que los que os siguen hayan vuelto...*» (2:16). El v. 22 da cuenta de que efectivamente los dos espías así lo hicieron: «*Y caminando ellos, llegaron al monte y estuvieron allí tres días...*». En el capítulo tres del libro de Josué, los hijos de Israel parten desde Sitim rumbo a la orilla del río Jordán. Allí, dice el texto, que reposaron por tres días antes de cruzarlo (3:1-2).

¹ El término «regiones» es el mismo que la palabra «lugares».

La mención por cuatro veces de la frase «tres días» llama aún más la atención toda vez que fueron dichas antes de que Israel cruzara el río Jordán. De alguna manera, el relato anticipaba así lo que más adelante anunciaría la profecía en relación con la muerte de Cristo: *«Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches»* (Mateo 12:40).

Por medio de la fe

Antes de cruzar el Jordán, el capítulo dos del libro de Josué relata algo que llama la atención: el envío de dos espías a la tierra de Canaán. Aunque el propósito inicial de la comisión es explícito en el relato: *«Andad, reconoced la tierra, y a Jericó»*, es evidente que el propósito final del relato es dar cuenta del testimonio de fe de la otrora prostituta Rahab. Ella siendo gentil y prostituta pudo finalmente participar de la herencia del pueblo de Dios. Pero, ¿cómo pudo ser posible semejante milagro? Exclusivamente por medio de la fe. Así lo atestigua el Nuevo Testamento en la carta a los Hebreos: *«Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz»* (11:31).

El propósito de la ubicación del testimonio de Rahab, justo antes de la proeza del Jordán, no puede ser otro que el de atestiguar que el único y suficiente medio para hacer nuestra la muerte y la resurrección de Cristo, es la fe. Este hecho es aún más evidente cuando el testigo escogido no es un miembro del pueblo elegido de Dios, sino una mujer gentil que además era prostituta. Así, el Espíritu Santo reiteró una vez más para todos los siglos que la fe es la única respuesta necesaria y suficiente a la revelación de la muerte y de la resurrección, inclusivas de Cristo.

La confesión de fe de Rahab destaca y brilla tanto como la acción de su fe. En efecto, ella no solo recibió a los espías en paz, sino que confesó su fe, que en sus partes principales, fue la siguiente: *«Sé que Jehová os ha dado esta tierra; porque el temor de vosotros ha caído sobre nosotros, y todos los moradores del país ya han desmayado por causa de vosotros... Oyendo esto, ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más aliento en hombre alguno por causa de vosotros, porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra»* (2:9, 11). ¡Qué gran fe se percibe en estas palabras! La fe de esta mujer no solo salvó su vida sino también la de toda su familia. Su fe la hizo miembro del pueblo de Dios y

heredera de las promesas del Señor. Y por si fuera poco, Salmón, descendiente de Judá, la tomó por esposa y de ella engendró a Booz, ambos forman parte del linaje del Mesías (Mat. 1:5).

Así, nuestra participación en la obra objetiva de Cristo es exclusivamente por la fe. Esta verdad vale no solo para la ramera Rahab, sino para todos los seres humanos que han pasado por esta vida. *«En él también fueron resucitados mediante la fe en el poder de Dios, quien lo resucitó de entre los muertos»* (Col. 2:12b).

El juramento

A continuación Rahab solicitó de los dos espías israelitas *«que me juréis por Jehová, que como he hecho misericordia con vosotros, así la haréis vosotros con la casa de mi padre»* (2:12). Para ello, pidió como garantía una señal segura. Entonces ellos dijeron: *«¡Juramos por nuestra vida que la de ustedes no correrá peligro!»* (2:14 NVI). Así, el juramento de la palabra es la señal más segura de nuestra salvación y de las promesas divinas. Ella da plena certeza a nuestra fe y esperanza. Según el autor de Hebreos, un juramento *«pone punto final a toda discusión»*. Y entonces agrega: *«Por eso Dios, queriendo demostrar claramente a los herederos de la promesa que su pro-*

pósito es inmutable, la confirmó con un juramento. Lo hizo así para que, mediante la promesa y el juramento, que son dos realidades inmutables en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un estímulo poderoso los que, buscando refugio, nos aferramos a la esperanza que está delante de nosotros» (Heb. 6:16-18 NVI).

El cordón rojo

Después del juramento, los dos israelitas advirtieron a Rahab que había una sola condición que los dejaría libres del juramento que recién habían realizado: *«Quedaremos libres del juramento que te hemos hecho si, cuando conquistemos la tierra, no vemos este cordón rojo atado a la ventana por la que nos bajas»* (2:17-18 NVI). La señal del cordón de grana haría que aquella casa y sus moradores fueran guardados del terrible juicio que caería sobre la ciudad de Jericó. La señal del cordón rojo era para ser vista por los ejecutantes del juicio divino.

El paralelo con el incidente del cordero pascual la noche que Israel salió de Egipto, es innegable. En aquella oportunidad Jehová el Señor dijo a Moisés y a Aarón: *«Pues yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto, y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto, así de hom-*

bres como de bestias; y ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto. Yo Jehová. Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estáis; y veré la sangre y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto» (Ex. 12:12-13).

Entonces, es obvio que el hecho de que el cordón fuese de color grana o rojo no es ninguna casualidad. El color rojo representaba la presencia de la sangre, cubriendo la casa y la familia de la creyente Rahab, al igual como la sangre del cordero pascual—colocada en los dinteles de las puertas— salvó las casas de los israelitas en Egipto. En ambos casos se establece que tanto la sangre como el cordón rojo eran para servir de señal a los que ejecutarían el juicio.

El punto es que hay una relación estrecha y directa entre la fe y la sangre, entre la fe y el cordón de grana. El apóstol Pablo en su carta a los romanos afirma con claridad meridiana que Dios puso a Jesucristo como propiciación o mejor dicho, como propiciatorio *«por medio de la fe en su sangre»* (3:25). El objeto de la fe que salva no es cualquier cosa; la fe que salva es aquella que se deposita en Cristo y en su sangre. La presencia del cordón rojo sobre la casa

de Rahab indicaba que el juicio ya había caído sobre ella y, por tanto, no era necesario volver a ejecutarlo. La sangre que de manera anticipada representaba el cordón de grana era, ni más ni menos, que la bendita sangre que el Hijo de Dios derramaría para la propiciación de nuestros pecados al final de los tiempos. El juicio que merecidamente debía caer sobre nosotros, cayó sobre el inocente Hijo de Dios y así nosotros libramos indemnes.

Por esto, el apóstol Juan en su primera carta dice algo asombroso. Él declara que si confesamos nuestros pecados, Dios *«es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad»* (1:9).

Es fácil entender que Dios sea fiel, sin embargo, ¿por qué es justo que él perdone nuestros pecados? Por la sencilla razón de que si Jesucristo ya hizo la propiciación de nuestros pecados por medio de su preciosísima sangre, Dios el Padre cometería una injusticia con él si no nos perdonara nuestros pecados confesados. Dios en su fidelidad y justicia con su bendito Hijo, nos perdona de nuestros pecados. De este glorioso hecho hablaban anticipadamente, la sangre del cordero en Egipto y el cordón rojo de Jericó.

Salvación, llamamiento y propósito



Dios no nos salvó tan solo para librarnos del infierno y llevarnos al cielo. Ese no es el propósito final de Dios.

Álvaro Astete

“...quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos...».

— 2^a Tim. 1:9.

Nuestra salvación

El versículo que acabamos de leer tiene al menos tres conceptos muy importantes: «*nos salvó ... nos llamó con llamamiento santo ... según el propósito suyo*».

En los días pasados, hemos compartido con respecto a la salvación que hemos recibido del Padre. El autor de Hebreos dice que tenemos «*una salvación tan grande*»; es decir, la salvación que Dios nos ha provisto en Cristo no solo contem-

pla una área de nuestra vida, sino todo nuestro ser.

A veces no dimensionamos la salvación que Dios nos ha dado. Nos alegramos en la salvación, sí; nos regocijamos y cantamos alabanzas al Señor con respecto a la salvación que hemos recibido, pero no hemos considerado todos sus alcances.

La caída del hombre causó tantos estragos, que hasta el día de hoy lidiamos con ellos, pero bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo el cual nos proveyó en él un poderoso Salvador. Nosotros estábamos muertos en delitos y pecados, no podíamos acercarnos a Dios; pero su salvación vino a nosotros y entonces nuestro espíritu fue regenerado por la obra del Espíritu, de tal manera que hoy podemos volver a tener comunión con nuestro Padre. ¡Gloria al Señor!

Salvación y llamado

Es necesario que Dios primero salve al hombre. Luego, una vez que éste es regenerado, viene el llamamiento del Señor. Dios no podría llamarnos a realizar algún servicio si habernos salvado previamente. Por lo tanto, para todos los que han sido y están siendo salvados por el Señor, hay ahora un llamado de parte de Dios.

Él nos salvó, y allí nada tuvimos que hacer nosotros. La salvación de Dios le corresponde sólo a él. Nosotros podemos decir ahora: «¿Señor, por qué me salvaste a mí?». Pero esto es un asunto de soberanía del Señor.

Damos gracias a Dios porque tuvo misericordia de nosotros y nos salvó. Pero el llamamiento es distinto. En este llamamiento, Dios espera de nosotros una respuesta; es una interpelación de Dios.

Naturaleza de nuestro llamamiento

El versículo que estamos estudiando dice: «...quien nos salvó y llamó». Es interesante la acotación que hace aquí el Espíritu, porque no es cualquier llamamiento. Dice que nos llamó con «*llamamiento santo*». Es importante destacar que la esencia del llamado radica en la santidad de Dios.

Hoy existen muchas instituciones y organismos que convocan a participar en sus nobles tareas; pero, nosotros no hemos sido llamados a participar de alguna ONG, sino de la iglesia, la casa del Dios viviente, la habitación de Dios, donde él mora, donde él quiere sentirse cómodo.

Entonces, este es un llamamiento serio; por lo tanto, tenemos que asumirlo con responsabilidad, con compromiso. Nosotros no vamos a res-

ponder frente a un hombre con respecto del llamado que tenemos, sino delante de Aquel que nos llamó, es decir, delante de Dios mismo.

El peligro de relativizar

Tiempo atrás, tocante a la carta a los Hebreos, se nos decía que juntamente con la exhortación va la enseñanza, pero que también junto a la exhortación hay asociado un peligro. Y el peligro asociado con respecto a nuestra salvación es que «descuidemos una salvación tan grande».

Quisiera tomar eso mismo para aplicarlo al llamamiento. El riesgo es el mismo. Podemos relativizar nuestro llamamiento, creyendo que no es tan importante. Pero el llamamiento que está sobre nosotros es un llamamiento santo, serio. Es cierto, tendremos pruebas, aflicciones, situaciones complejas en la vida, tal vez nos queramos alejar de la comunión; pero, hermano, recuerda, el que te llamó es Dios mismo, y a él tendremos que responder por su llamado.

El riesgo de relativizar nuestro llamado consiste en creer que son otros los que tienen un llamado a servir, y no cada uno de nosotros. Sin embargo, Dios nos ha llamado para que, en medio de esta convulsionada sociedad, seamos la iglesia del Dios

vivo, columna y baluarte de la verdad.

No relativicemos lo que somos; esto es lo que somos, este es el lugar que pisamos, la casa de Dios, donde el cielo se encuentra con la tierra. Qué maravilloso es eso. Este un lugar especial, de manera que no podemos comportarnos livianamente, como si quien nos llamó fuese una persona cualquiera.

Debemos andar como es digno de la vocación con que fuimos llamados. Pero si este llamado de Dios no ha sido revelado, impregnado por el Espíritu Santo en nuestro corazón, nada ocurrirá con nosotros, no vamos a crecer. Podremos tener muchas actividades religiosas, rutinas, pero no maduraremos nunca. Cuando hay revelación y compromiso, entonces sí hay fruto para Dios.

¿Cómo se puede relativizar nuestro llamado? Nosotros vivimos en un mundo donde la relatividad está de moda. El relativismo es hoy el paradigma bajo el cual toda la sociedad se construye, según el cual, lo bueno no es tan bueno y lo malo no es tan malo. Entonces, nuestras normas morales se van a amoldar a esa realidad, a esa contingencia. Así es el mundo, y nosotros caeremos en aquellos riegos si no estamos cimen-

tados en la fe y si esta palabra no está revelada al corazón.

El lenguaje de Asdod

En Nehemías 13:23-24 hay algo interesante que el profeta denuncia. Él dice: *«Vi asimismo en aquellos días a judíos que habían tomado mujeres de Asdod, amonitas, y moabitas; y la mitad de sus hijos hablaban la lengua de Asdod, porque no sabían hablar judaico, sino que hablaban conforme a la lengua de cada pueblo».*

Aquí hay algo de suma importancia que es digno de considerar. El pueblo de Israel cometió el pecado de relacionarse con mujeres extranjeras y casarse con ellas, de tal manera que sus hijos olvidaron su idioma nativo, y la mitad de ellos hablaba una lengua extraña; o sea, había una mezcla de lenguaje.

Noten esto, no era un lenguaje único, no era un solo idioma, estaban mezcladas la lengua de Asdod y la lengua judía. No es muy difícil extrapolar esto a nuestra realidad. ¿Qué ocurre con nosotros? ¿Qué ocurre con nuestros hijos? ¿Cuál es el lenguaje que estamos utilizando? Es un lenguaje mezclado, un lenguaje que tiene trazas de espiritualidad y que sabemos aplicarlas y adecuarlas en cada contexto. Por tanto, cuando estamos con los hermanos, habla-

mos de esta forma, porque así se acostumbra a hablar o a orar aquí, con este tono de voz, con estas maneras.

Pero, ¿qué pasa en la parte exterior? ¿Qué pasa en la universidad? Jóvenes, ¿qué hablamos con los compañeros? ¿Qué lenguaje utilizamos allí? ¿Qué hablamos, de qué nos reímos? Pareciera ser que allí nos olvidamos de quiénes somos, pareciera que olvidamos que tenemos un llamamiento santo sobre nosotros.

Cuando relativizamos nuestro llamamiento, una de las cosas que ocurren es que nuestro lenguaje se mezcla. ¿Sabe cuál es el idioma que debemos hablar siempre? El lenguaje de Dios. Su palabra es nuestra palabra, su voz es nuestra voz. No tenemos otro idioma, hablemos como él habla, donde sea, con quien sea, con los amigos, con nuestra familia, en todo lugar. Que no haya mezcla en nuestro corazón.

El lenguaje representa también la identidad de un pueblo. En Europa hay muchos países muy cercanos unos de otros; sin embargo, cada cual tiene su propio idioma y eso lo hace diferente de sus vecinos; le da una identidad. Una nación con un idioma mezclado, tiene un grave problema de identidad.

Nosotros somos del reino celestial, somos de Dios, somos la embajada de este reino aquí en la tierra. El Señor nos libre del lenguaje de Asdod, para que podamos hablar solamente el lenguaje de Jesucristo.

Llamamiento con propósito

Volviendo a Timoteo, tenemos un llamamiento santo, por lo tanto, serio. Ahora, unimos esos dos concep-

Pablo dice: «Agradó a Dios revelar a su Hijo en mí». Eso es revelación, no solo lectura intelectual de las Escrituras.

tos, salvación y llamamiento, y nos preguntamos: ¿Para qué Dios nos salvó? ¿Cuál es el propósito de nuestra salvación? ¿Cuál es el propósito de nuestro llamado? Vamos a decirlo primero en negativo: Dios no nos salvó tan solo para librarnos del infierno y llevarnos al cielo. Ese no es el propósito final de Dios.

¿Para qué Dios nos salvó? Algunos podrían decir: «Hermanos, Dios nos salvó para predicar a Cristo, para evangelizar, para hablarles a otros acerca del Señor». Sí, tenemos que predicar, tenemos que hablar; pero ese no es el propósito final de Dios, no es su objetivo último. No confundamos ese propósito con la gran comisión; la gran comisión es una ta-

rea pero no es el objetivo final. Entonces, ¿cuál es el propósito por el cual Dios nos salvó y nos llamó?

Comunión con su Hijo

Veamos 1ª Corintios 1:9 : «*Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor*». Entonces, ¿fuimos llamados a salir a hacer cosas? En primera instancia, no. Dios nos lla-

ma, primero, a tener comunión con su Hijo. Para eso él proveyó una tan grande salvación, porque él deseaba en su corazón tener comunión con nosotros.

Un versículo muy interesante de Apocalipsis referente a Laodicea suele ser mal interpretado, especialmente cuando lo relacionamos con aquellos que aún no creen en el Señor. «*He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo*» (Apoc. 3:20).

Sin embargo, esta carta fue escrita a los hermanos en Laodicea. Los destinatarios no eran incrédulos, sino creyentes en el Señor. Pero algo

ocurría con ellos que, aún siendo creyentes, el Señor permanecía fuera. Entendiendo que, un creyente, por definición, es alguien que tiene a Cristo morando en su corazón.

Eso tiene que ver con el propósito por el cual Dios nos salvó. ¿Qué pasó con Laodicea, entonces? Ellos no entendían que el propósito de Dios para con ellos no consistía en que hicieran obras, ni en que disfrutaran de bonanza económica, o de un activismo febril; sino en que Dios quería tener comunión con ellos, porque para eso los había salvado.

Cristo habitando

Veamos un segundo aspecto, en Efesios 3:14-17: *«Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones».*

¿Cuál es el ruego de Pablo aquí? No está orando por los inconversos, sino por la iglesia en Éfeso, y ¿cuál es el motivo de su oración? Él ruega al Padre para ellos sean fortalecidos en el hombre interior por su Espíritu. ¿Para qué? *«...para que Cristo habite por la fe».*

La primera carta en Apocalipsis es a la iglesia en Éfeso. El Señor da buen testimonio de ella. Ellos amaban a los hermanos, hacían muchas cosas loables; pero hay algo que el Espíritu tenía en contra. ¿Qué era? «Has perdido tu primer amor». Eso es, has perdido el amor al primero que debe estar en tu corazón.

Es interesante que esta oración de Pablo por la iglesia en Éfeso también se encuentre en el mismo sentir: *«...para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones».* Nosotros podríamos decir: «Pero Cristo ya habita en mi corazón, hermano. Hace tantos años que creo en el Señor, que confesé su nombre. Por lo tanto, él ya habita en mi corazón».

Cuando Pablo escribe esta carta, Éfeso es una iglesia que ya lleva años caminando. Ellos ya habían vivido muchas cosas. Eran hermanos en los cuales la fe estaba presente, que se reunían todos los días, que estaban haciendo actividades para el Señor, estaban predicando la palabra.

Residencia permanente

¿Cómo, entonces, Pablo ora para que, en ellos, habite Cristo por la fe? Aquí no se está refiriendo a la salvación. Pablo no está orando para que sean salvos, porque ya lo son. Entonces, hermanos, este habitar de Cristo va mucho más allá de la salvación.

Habitar no es estar un tiempo de paso en algún lugar y luego marcharse. Habitar es hacer de un lugar su residencia permanente. Este era el ruego de Pablo, que el Señor morara en el corazón de ellos de forma permanente. ¿Por qué enfatizamos este punto? Porque a veces nosotros vivimos creyendo en el Señor, pero no con Cristo habitando en nuestro corazón.

Usted me dirá: «Hermano, ¿pero se puede vivir así? Sí, se puede vivir creyendo en el Señor sin que él necesariamente esté habitando en nuestro corazón. Que habite Cristo en nosotros, significa que podemos vivir una vida cristiana en real dependencia del Señor. Así como hay una diferencia entre un creyente y un no creyente, así también hay una diferencia enorme entre un creyente común y uno en el cual Cristo habita por la fe en su corazón.

Cristo vive en mí

El corazón representa toda nuestra personalidad. Nosotros lo dividimos en voluntad, sentimientos, emociones; pero, en el fondo, nuestro corazón es nuestra personalidad, todo lo que somos. Cuando Cristo habite por la fe en el corazón, entonces él va a vivir por usted; entonces él va a tomar las decisiones y no usted, por-

que él va estar habitando en el corazón.

Hermanos, es tan importante que comprendamos este asunto por revelación. Esto constituye el punto más álgido de nuestra carrera cristiana. De las revelaciones que Pablo tuvo, ésta fue la mayor: que Cristo llegase a habitar en nosotros. Eso es lo que Dios quiere. No quiere estar al lado como un orientador, no. Él no quiere solo influenciarnos; él quiere vivir en nosotros, quiere dirigirlo todo.

Por eso, Pablo dice: «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*». Ese es el fin. Dios nos salvó para que Cristo habitara en nuestros corazones. Ese es el propósito de nuestra salvación. Dios nos salvó para que Cristo sea el dueño de nuestro corazón, para que él gobierne toda nuestra vida.

Dejemos que él haga morada en nosotros. Espiritualmente, esto es así, pero muchas veces nosotros ponemos trabas al Señor y no se lo permitimos. Tenemos nuestros cuartos secretos en el corazón, donde Dios no tiene cabida, cerramos las puertas de algunas habitaciones y allí él no entra, no está habitando como él quiere hacerlo; no está haciendo uso de su habitación como quiere, porque nosotros lo restrin-

gimos, porque no le dejamos libertad para que gobierne toda su casa.

¿Biografía o experiencia real?

Cuando decimos que el propósito de Dios es que tengamos comunión con su Hijo y que él habite en nuestro corazón, lo podemos asemejar a esto: usted puede leer la biografía de un personaje y una vez concluida la lectura puede llegar a creer que usted conoce a esa persona, porque conoce la información esencial de la vida de ella.

A veces tratamos al Señor como si fuese un personaje común, nos conformamos con leer su biografía, en los evangelios, en las epístolas, y si alguien nos pregunta acerca de la vida de Jesús, podríamos señalar algunos aspectos, y podríamos hablar acerca de él e incluso dar detalles que otros no perciben.

Cuando alguien lee una biografía, cree conocer a la persona, pero si llegase a tener un encuentro con la persona real, quedaría completamente sorprendido, porque descubriría muchos detalles imposibles de describir en una mera biografía escrita.

Aún no es suficiente

Amados, no creamos que ya conocemos plenamente al Señor o que

ya es suficiente con la revelación que tenemos. Demos gracias por todo lo que hemos recibido de él, pero, nos va a faltar eternidad para contemplar y conocer a Aquel que es el verdadero. No seamos osados en creer que ya le conocemos.

Hemos leído los evangelios, se nos han abierto las Escrituras y hemos visto detalles de la vida de Jesús. Es bueno hacerlo, pero eso no es base suficiente para decir que le conocemos. ¿Cuánto conocemos a aquel que nos salvó y que nos llamó? ¿Cuánta comunión has tenido con él? ¿Tienes intimidad con él?

Lo más maravilloso de todo esto es que Dios quiere manifestarse a nosotros. Él es el primer interesado en que tú le conozcas. Él quiere revelarse. Pablo dice: «Agradó a Dios revelar a su Hijo en mí». Eso es revelación, no solo lectura intelectual de las Escrituras. Tengamos experiencias con él, comunión real, intimidad con él.

Amados hermanos, para esto Dios nos salvó, para esto él nos llamó: para tener comunión con nosotros, pero también para habitar en nosotros, para hacer de nosotros su permanente habitación. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2014.

Por qué Dios permite el mal



Dios quiere recuperar su imagen en nosotros, y parte de ese proceso consiste en hacernos pasar por el fuego y por el agua.

Roberto Sáez

“

En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo».

– 1ª Pedro 1:7.

¿Por qué existe el mal? ¿Por qué Dios permite el mal? Intentando dar respuesta a estas interrogantes, a la luz de la palabra de Dios, podemos decir que es un tema propio de la soberanía de Dios. Dios ha permitido el mal porque él quiere manifestar su gloria, porque sin el conocimiento del mal nunca podríamos haber apreciado la gloria de Dios.

También podemos percibir que Dios permite el mal para formar el carácter de Cristo en nosotros. Aquello que se perdió en el mal moral, en la caída, Dios quiere recuperarlo, formando su imagen en nosotros, y él usa los sufrimientos para la formación de ese carácter.

Aunque el mal está vencido, aún sigue presente; pero, un día, Dios enjugará nuestras lágrimas, y nunca más habrá llanto ni dolor, porque el mal habrá desaparecido para siempre.

Mudando los títulos

¿Por qué Dios permite el mal para sus hijos? Es porque él quiere formar el carácter de Cristo en nosotros.

Dios nos trasladó de la muerte a la vida, mudando los títulos negativos que teníamos, como hijos de ira, hijos de desobediencia, hijos de perdición, hijos del diablo. Esos títulos fueron cambiados cuando él nos regeneró y nos transformó mediante la luz del evangelio.

La palabra del Señor dice que, de la misma manera como Dios dijo: «*Sea la luz*», así también «*resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*» (2ª Cor. 4:6).

Dijo Dios: «Sea la luz»; pero, para nosotros, es como si hubiera dicho: «Sea la cruz», porque fue la obra de la cruz, el evangelio de la cruz, lo que iluminó nuestros corazones.

Cuando la luz de Dios resplandeció en nuestro interior tenebroso, esto produjo un cambio radical en nuestras vidas, una operación divina, un milagro, en el cual nosotros no tuvimos ninguna participación, porque no fue por nuestras obras, ni fue porque nosotros buscamos a Dios. Él nos buscó a nosotros; él lo hizo todo.

Tres categorías de hijos

Las Escrituras agrupan a los hijos de Dios en tres categorías: los hijos recién nacidos, los hijos disciplinados y los hijos manifestados.

Los hijos recién nacidos llegaron a ser tales por un milagro de Dios. No había ninguna posibilidad para nosotros de experimentar este cambio. Fue por una obra enteramente de Dios. La fe nació en nosotros cuando el Espíritu Santo nos tocó con la palabra del evangelio. Y nosotros obedecemos, creyendo en el Señor. La fe no es nuestra, sino un don de Dios. ¡Gloria al Señor!

«*Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre. Os es-*

cribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre. Os he escrito a vosotros, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio. Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno» (1ª Juan 2:12).

Juan muestra esta escala ascendente de hijitos, jóvenes y padres. Los hijitos se relacionan con el Padre y tienen gratitud con él porque les ha perdonado sus pecados. Son los recién nacidos de Dios. Los jóvenes son fuertes y han vencido al maligno; ellos ya han alcanzado cierta madurez. Y los padres son los hijos mayores, que han alcanzado la madurez; ellos son capaces de engendrar hijos y abundan en frutos espirituales.

Los hijitos son aún pequeños. Juan dice que todo aquel que cree en el nombre de Jesús recibe del Padre la potestad de ser hecho hijo de Dios. En ese texto, hijo de Dios se refiere a un bebé recién nacido (en griego, *teknós*). Pero en Hebreos 2:10, la expresión *«llevar muchos hijos a la gloria»*, no se refiere a bebés sino a hijos maduros.

Dios quiere llevarnos de menos a más; él no quiere llevar un jardín infantil, sino hijos maduros, a la gloria. Entonces, se espera que lleguemos a una estatura espiritual que permita a Dios poner en nosotros su vida, su autoridad, su gracia, su nombre, y nosotros podamos actuar en su representación. En esto consiste la madurez espiritual.

Esto es lo que Dios quiere para nosotros. Ahora, ¿cómo Dios logrará esto? ¿Cómo se alcanza este crecimiento? Entonces, aquí aparecen los hijos disciplinados.

Hijos disciplinados

La palabra del Señor nos dice que Dios *«azota a todo el que recibe por hijo»* (Heb. 12:6). Entonces, los azotes son los sufrimientos. Aquí vemos que Dios está permitiendo el mal. Él le dice a Israel: *«Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti»* (Is. 43:2). Dios permite que pasemos por el fuego y por el agua. Esta disciplina suya es formativa y correctiva.

A algunos comentaristas de las Escrituras no les gusta decir que Dios castiga a sus hijos. Ellos prefieren hablar de disciplina, y de que esa disciplina es algo así como un consejo. Ellos presentan a Dios como un

abuelito de barbas blancas que siempre está perdonando todo lo que hacen sus nietos, diciendo: «No importa lo que hagan, porque son pequeñitos», y entonces él deja pasar todo.

Sin embargo, si nosotros tenemos una idea equivocada de Dios, no tendremos un conocimiento adecuado de él.

enviaba castigos, sequías, lluvias y aun ejércitos enemigos, para que Israel se volviera a Dios.

El corazón del hombre es muy duro. Dios nos conoce, pero nosotros no nos conocemos.

La psicología dice que nosotros tenemos un punto ciego, que nos impide ver lo que los demás ven en

Los creyentes estamos siendo entrenados para ser santos. Dios nos llamó para eso, para ser configurados a su imagen.

Dios es amor, pero también es fuego consumidor. Él trata a sus hijos con amor; pero cuando ellos no obedecen y toman por malos caminos, necesitan ser disciplinados. Los hijos de Dios tienen que aprender a discernir lo que Dios quiere, deben ser capaces de elegir, de tomar decisiones, para actuar correctamente.

Dios salva y corrige

Dios corrigió a Israel con grandes juicios. Con mano poderosa los salvó, pero también con mano severa los corrigió. Cuando se fueron tras los ídolos, él siempre los llamó para que abandonaran la idolatría. Y cuando su pueblo no obedecía, les

nosotros. Eso es lo que enseña el Señor Jesús, cuando dice que vemos la paja en el ojo ajeno y no la viga que está en el nuestro. Somos incapaces de vernos a nosotros mismos. Somos tan duros, difíciles de quebrar; por eso, Dios usará el quebrantamiento, y nos hará pasar por el fuego y por el agua.

«En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo» (1ª Ped. 1:6-7).

Aquí tenemos el símbolo del fuego, que significa la prueba, las aflicciones, los males que Dios permite, con un propósito – formar a Cristo en nosotros.

El bien de Dios

Hay otro texto conocido, en Romanos 8:28-29: «*A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien*».

Este texto ha sido explicado de una manera errada, entendiendo que todas las cosas ayudan al bien nuestro.

Sin embargo, no se refiere a nuestro propio provecho, sino al bien de Dios. Todo lo que nos ocurre a los creyentes contribuye al bien de Dios. Ahora, ¿cuál es el bien de Dios? La formación de Su imagen en nosotros.

El mal se introdujo en el mundo cuando el hombre cayó en el pecado, y la imagen de Dios fue distorsionada en la naturaleza humana. La historia de la salvación tiene que ver con la acción de Dios para recuperar esa imagen en nosotros.

Todo lo que Dios mostró de sí mismo: la ley de Moisés, la palabra de los profetas, la palabra de sabiduría, todo lo que está escrito en el Antiguo Testamento, fue para que nosotros nos volviéramos a Dios.

No obstante, toda esa Palabra, aunque es palabra de Dios, no fue capaz de convertir el corazón extremadamente duro del hombre. Entonces, tuvo que venir Dios mismo, en Cristo, para poder redimirnos y hacer esta obra de transformación.

La cruz

Dios quiere recuperar su imagen en nosotros. La obra de Cristo en la cruz fue para nuestra salvación. Pero ahora, la vida de Cristo en nosotros tiene que operar la transformación.

Aquí tenemos ahora el camino de la cruz. El Señor nos invita a negarnos a nosotros mismos. Por eso, Pablo decía: «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*» (Gál. 2:20). Cuando un creyente ha logrado aprender esta lección, entonces ha adquirido una medida de madurez.

Podemos hablar o escribir mucho acerca de la cruz, podemos componer poemas y canciones o predicar grandes mensajes acerca de la cruz. El hermano Watchman Nee, en una reunión de obreros en China, decía: «Hemos venido hablando de la cruz por diez años, pero aún no vemos la realidad de ella en nuestras vidas». Cuán duros somos. Una cosa es que sepamos lo que la Biblia dice al respecto; pero no necesariamente vivimos lo que sabemos de ella.

Como el oro

El Señor compara nuestra fe con el oro. Para purificar el oro, hay que meterlo al fuego. Nuestra fe es comparada con el proceso por el que pasa el oro. ¿Por qué Dios permite el mal? Porque el mal, que es la prueba de fuego, ayuda a purificar nuestra fe.

El oro es el elemento más codiciado que existe, pero nuestra fe es más preciosa que el oro. Quien no percibe esto, nunca podrá apreciar el beneficio de pasar por la prueba.

Ahora, cuando Dios nos hace pasar por el fuego, no es porque él simplemente quiera hacernos sufrir. No, él es amor, pero también es fuego consumidor. En su justicia, él no puede permitir el pecado. Él es santo.

La santidad no es solo una cualidad de Dios, sino la suma de todas las virtudes divinas. Entonces, los hijos de Dios estamos siendo entrenados para ser santos. Él nos llamó para eso, para ser configurados a la imagen de Jesucristo.

Entonces, cuando somos puestos en el fuego, debemos dar gracias a Dios. Y aun debemos dar gracias a Dios en todo, no solo por las cosas buenas, sino también por las cosas malas, porque todo ayuda «al bien de Dios», que es recuperar Su ima-

gen en nosotros. Es lo más grandioso que pueda acontecernos.

Propósito a través del mal

Hoy podemos tener una visión más clara respecto del mal. Nada nos separará del amor de Dios; ni la muerte, ni la enfermedad, ni la pobreza, ni el hambre, ni las persecuciones, ni ninguna cosa creada, ni aun el mal que proviene de Satanás y los demonios.

El Señor tiene poder sobre el mal sobrenatural, y no debemos tener temor de ellos, *«porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo»* (1ª Juan 4:4).

Los creyentes podemos pasar por las pruebas más terribles, así como ocurrió con el pueblo de Israel, cuando Dios les llevó hasta el límite de sus fuerzas, hasta el punto que ellos muchas veces protestaron: «¿Para qué nos trajo Dios por este camino?». Sin duda, siempre que el hombre es puesto en el fuego de la prueba, la primera pregunta que sale de su boca es: «¿Por qué?». Esa es la historia de Job. En el capítulo 3 del libro de Job, él hace cinco veces la pregunta: «¿Por qué?».

¿Por qué Dios permite el mal? Primero, porque él es soberano. Segundo, porque, a través del mal, Dios forma en sus hijos el carácter de

Cristo. Tercero, porque el mal hace más visible la gloria de Dios.

En el huerto de Getsemaní, cuando el Señor estaba a punto de enfrentar la mayor de las pruebas, dijo: *«Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez»* (Juan 12:27-28).

¿Cómo se glorifica Dios? *«Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que res-*

plandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2ª Cor. 4:6).

Si ya ha resplandecido Dios en las tinieblas de tu corazón, eso es algo maravilloso. ¿Cómo podríamos conocer la gloria de Dios, si no tuviéramos noción del mal del cual fuimos rescatados? La justicia y el amor de Dios convergen perfectamente en la cruz del Calvario. No podríamos apreciar eso si el mal no hubiera existido.

Síntesis de un mensaje impartido en Tapejara (Brasil), en mayo de 2014.

EL PERDÓN QUE LIBERA

Sucedió en Omaha Beach el 6 de junio de 1944. Los cuarenta soldados de la barcaza PA337 debían recorrer 500 metros antes de llegar a un lugar seguro. Sin embargo, en cuestión de minutos, 39 de ellos cayeron ametrallados por un soldado alemán llamado Fritz Wunderlick. Solo uno sobrevivió, el americano Stargell.

A partir de ese momento, la vida de Fritz se convirtió en una pesadilla. Casi sesenta años más tarde, aún perseguido por ese recuerdo, vio un documental sobre el desembarco en Normandía. Quedó paralizado cuando vio al único sobreviviente testificar sobre la tragedia de la barcaza. Entonces decidió ir a verlo.

Cuando se encontró con él, le dijo: «Soy Fritz Wunderlick. Tenía diecisiete años cuando abrí fuego contra los soldados de la barcaza PA337, el 6 de junio de 1944. Hice este viaje para pedirle que me perdone por ese horrible acto que aún me persigue por las noches».

Los dos hombres se abrazaron y lloraron: uno debido a los remordimientos y el otro debido a la alegría que le daba perdonar. Stargell pudo perdonar, porque después de aquel día había creído en Dios, quien lo liberó del odio y le ayudó a reconstruir su vida.



Viendo la gloria de Cristo

La diferencia entre la contemplación presente por la fe de la gloria de Cristo y lo que veremos en el cielo.

John Owen

“...porque por fe andamos, no por vista».

– 2ª Cor. 5:7.

En esta vida caminamos por la fe; en la vida venidera andaremos por vista. La visión que hoy tenemos de la gloria de Cristo por la fe es oscura y borrosa. Dice Pablo: «...ahora vemos por espejo, oscuramente» (1ª Cor. 13:12). En un espejo no vemos a la persona misma sino solo una imagen imperfecta. Nuestro conocimiento no es más que un reflejo imperfecto de la realidad.

El evangelio, sin el cual no podríamos descubrir nada acerca de Cristo, está aún muy lejos de manifestar plenamente la grandeza de su gloria. El evangelio mismo no es oscuro, ni borroso, sino claro y directo, y manifiesta abiertamente a Cristo crucificado, exaltado y glorificado.

El evangelio es oscuro para nosotros porque no lo entendemos cabalmente. La fe es el instrumen-

to por el cual lo comprendemos, pero nuestra fe es débil e imperfecta. No hay ninguna parte de su gloria que podamos entender plenamente.

A través de una ventana

En nuestro presente estado terrenal hay como una pared entre nosotros y Cristo. Pero a veces le vemos a través de *ventanas*: «*Helo aquí, está tras nuestra pared, mirando por las ventanas, atisbando por las celosías*» (Cant. 2:9). Estas *ventanas* son las oportunidades que tenemos de oír y recibir las promesas del evangelio a través de los medios de gracia y el ministerio de la Palabra, que refrescan las almas de aquellos que creen.

Pero esta visión de su belleza y gloria no es permanente. Entonces clamamos: «*Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo*» (Sal. 42:1-2). ¿Cuándo le veré otra vez, aunque sea solo a través de la ventana?

A veces como Job, no le podemos ver porque esconde su rostro detrás de una nube (ver Job 23:8-9). En otras ocasiones se manifiesta a sí mismo como el sol en toda su fuerza, y no podemos soportar su brillantez.

Cristo en el cielo

¿Cómo veremos la misma gloria de Cristo cuando estemos en el cielo?

Nuestra vista será segura, directa e inmediata.

1. Cristo mismo, en toda su gloria, estará continua y realmente con nosotros. Ya no tendremos que contentarnos simplemente con una descripción de él, como la que tenemos en los evangelios. Le veremos cara a cara (1ª Cor. 13:12) y tal como él es (1ª Jn. 3:2). Le veremos con nuestros ojos físicos porque Job dice: «*Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro*» (Job 19:25-27).

Nuestros sentidos corporales serán restaurados y glorificados en una manera que no podemos comprender ahora a fin de que seamos capaces de contemplar a Cristo y su gloria para siempre. No veremos solo su naturaleza humana, sino también contemplaremos su divinidad en su infinita sabiduría, amor y poder. Esta gloria será mil veces mayor que cualquier cosa que podamos imaginar.

Esta visión de Cristo es la que todos los santos de Dios anhelamos. Este es nuestro deseo: «*...partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor ... estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor*» (Fil. 1:23, 2ª Cor. 5:8). Aquellos que no tienen con frecuencia este anhelo son gente mundana y no espiritual.

2. Nadie en esta vida tiene el poder, ni espiritual ni corporalmente, para ver la gloria de Cristo como realmente es. Cuando algunos reflejos de esta gloria divina fueron vistos en el monte de la transfiguración, los discípulos fueron confundidos y atemorizados.

Nuestra limitación presente

Si el Señor Jesús viniese a nosotros ahora en toda su majestad y gloria, seríamos incapaces de recibir algún beneficio o consuelo de esta aparición. Aún el apóstol Juan, quien fue muy amado, cayó a sus pies como muerto, cuando Cristo se le apareció en su gloria (Apoc. 1:17). Pablo y todos aquellos que le acompañaban cayeron en tierra cuando la brillantez de su gloria resplandeció sobre ellos en el camino a Damasco (Hech. 26:13-14).

¡Cuánto insulta a Dios cuando la gente necia trata de hacer cuadros o imágenes del Señor Jesucristo en su gloria! La única manera en que podemos conocerle ahora es por medio de la fe. Aun cuando Cristo estaba en la tierra, su verdadera gloria estaba oculta por su humanidad. No podemos conocerle ahora tal como verdaderamente él es, lleno de gloria indescriptible.

Por naturaleza, debido a nuestra pecaminosidad, nuestras mentes estaban completamente llenas de mal-

dad y obscuridad y éramos incapaces de ver las cosas espirituales correctamente. Ahora, los creyentes hemos sido restaurados en parte y hemos llegado a ser «*luz en el Señor*» (Ef. 5:8). Pero nuestras mentes todavía están limitadas por nuestros cuerpos y por muchas debilidades e imperfecciones que permanecen en nosotros.

Una visión plena

Estos obstáculos serán quitados para siempre en el cielo (ver Ef. 5:27). Después de la resurrección, nuestras mentes y cuerpos serán librados de todo aquello que ahora nos impide disfrutar una plena visión de la gloria de Cristo.

Entonces, un solo acto de mirar claramente a la gloria de Cristo con nuestro entendimiento glorificado nos dará más satisfacción y felicidad de lo que jamás pudiéramos tener aquí por medio de nuestras actividades religiosas.

Tenemos un poder natural para entender y juzgar las cosas de esta presente vida terrenal. Pero esta capacidad natural no nos puede ayudar a ver y entender las cosas espirituales.

Capacidad espiritual

Entonces, Dios nos da la capacidad sobrenatural de la fe y la gracia. Todavía tenemos nuestro entendimiento natural, pero es solo por la capacidad espiritual que podemos ver las

cosas espirituales. En el cielo, tendremos una capacidad nueva para ver la gloria de Cristo.

1. Como la regeneración no destruye pero incrementa nuestra capacidad natural, así la luz que disfrutaremos en la gloria no destruirá ni anulará el poder de la fe y la gracia, sino que las perfeccionará absolutamente.

2. Por naturaleza no podemos comprender completamente la esencia de la gracia. Tampoco por medio de la gracia podemos comprender enteramente la naturaleza de la gloria. No entenderemos perfectamente la gloria hasta que seamos transformados y nos encontremos en el cielo.

3. La mejor idea que podemos tener ahora de la naturaleza de la gloria consiste en considerar que en el momento de nuestra transformación,

canso en Dios. Tenemos una ilustración de esto en la sanidad que Cristo realizó en un hombre ciego (Mar. 8:22-25). Este hombre era completamente ciego. Entonces sus ojos fueron abiertos, pero no podía ver claramente. Veía a los hombres como árboles que caminaban. Pero luego, Cristo le tocó nuevamente y de inmediato pudo ver todo claramente.

Así son nuestras mentes por naturaleza. La gracia nos da una visión parcial de las cosas espirituales, pero la luz de la gloria nos dará una visión perfecta y completo entendimiento. Esta es la diferencia entre la visión que tenemos ahora y la visión que tendremos en la gloria.

Cuerpos glorificados

Ahora, habiendo considerado el cambio realizado en nuestra mente, pen-

Muchos están demasiado enamorados del mundo como para desear dejarlo e ir al lugar donde pueden ver la gloria de Cristo.

seremos cambiados en la semejanza perfecta de Cristo.

La gloria perfecciona la gracia

Hay una progresión de la naturaleza a la gloria. La gracia renueva nuestra naturaleza; la gloria perfecciona la gracia, y así el alma es completamente transformada y llevada a su des-

semos ahora en nuestros cuerpos glorificados. Cuando nuestro cuerpo sea resucitado del sepulcro, veremos a nuestro Redentor. Esteban realmente «*vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios*» (Hech. 7:55). ¿Quién no desearía haber tenido el privilegio de los discípulos, quienes vieron físicamente a Cristo

cuando estaba en la tierra? Cristo les dijo que: *«Porque de cierto os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veís, y no lo vieron»* (Mat. 13:17).

Si esto fue un privilegio tan grande, ¡cuán glorioso será, cuando con nuestros ojos purificados veamos a Cristo en la plenitud de su gloria!

No podemos imaginar como será, pero sabemos que Cristo oraba al Padre para que estuviéramos con él y viéramos la grandeza y la belleza de su gloria (ver Jn. 17:24).

Mientras estamos en este mundo *«gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo»* (Rom. 8:23). Como Pablo, clamamos: *«¡Miserable de mí! ¿Quién me librára de este cuerpo de muerte?»* (Rom. 7:24). Entre más cerca uno está del cielo, más fervientemente desea estar ahí, porque Cristo está ahí.

El anhelo de conocerte mejor

Nuestros pensamientos sobre Cristo son tan confusos e imperfectos que nos conducen a un anhelo profundo de conocerle mejor. Pero este es el mejor estado de ánimo en que podemos encontrarnos. Pido a Dios para que no me sea quitado este deseo y para que el Señor incremente estos anhelos cada vez más en todos los creyentes.

El corazón de un creyente afectado por la gloria de Cristo es como una aguja atraída por un imán. Ya no puede estar en paz ni satisfecho lejos de Cristo, a pesar de que se acerque con movimientos débiles y temblorosos. Se mueve continuamente hacia Cristo y no puede encontrar descanso en este mundo. Pero allá en el cielo, con Cristo siempre delante de nosotros, podremos mirar sin cesar su gloria. Esta visión constante traerá un refrigerio eterno y gozo a nuestras almas.

Aunque no podemos entender ahora como será esta visión final de Dios, sabemos que los puros de corazón verán a Dios (Mat. 5:8). Aún en la eternidad, Cristo será el único medio de comunicación entre Dios y su iglesia.

De los símbolos a la realidad

Consideremos por un momento a los creyentes del Antiguo Testamento. Ellos vieron algo de la gloria de Cristo, pero solo en la forma de símbolos velados. Ellos anhelaban el tiempo cuando el velo fuera quitado y los símbolos dieran lugar a la realidad. Miraban hacia el cumplimiento de las promesas divinas y la venida del Hijo de Dios al mundo.

En muchos casos existía más del poder de la verdadera fe y amor en sus corazones de lo que podemos ver en la mayoría de los creyentes de hoy. Cuando Jesús vino, el anciano Simeón

tomó al niño Jesús en sus brazos y dijo: «*Ahora Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación*» (Luc. 2:28-29).

Nosotros tenemos una revelación más clara de la naturaleza única del Señor y su obra que aquellos creyentes del Antiguo Pacto. Y la visión que tendremos de la gloria de Cristo en el cielo será mucho más clara y brillante que la revelación que tenemos ahora.

Si aquellos creyentes oraban para que el velo y los símbolos fueran quitados, y deseaban muy fervientemente ver la gloria de Cristo, ¿cuánto más fervientemente deberíamos orar nosotros para ver su gloria?

Hacia una visión perfecta

Ya hemos pensado acerca de la gloria de Cristo como manifestada en tres grados.

Primero, los creyentes de la antigüedad la vieron a través de la ley y los símbolos. Segundo, en el evangelio tenemos una semejanza perfecta de esta gloria. Pero tenemos que esperar hasta que lleguemos a la gloria donde está Cristo para poder disfrutar de su realidad.

Examinémonos a nosotros mismos para ver si estamos apresurándonos continuamente hacia una visión per-

fecta de la gloria de Cristo en el cielo. Si no es así, es una evidencia de que nuestra fe no es real. Si Cristo está en nosotros, él es «*la esperanza de gloria*» (Col. 1:27).

Muchos están demasiado enamorados del mundo como para desear salir de él e ir al lugar donde pueden ver la gloria de Cristo. Están interesados en sus posesiones, en sus negocios o en sus familias.

Tales personas ven la belleza de este mundo en el espejo del amor propio y sus mentes son cambiadas en la misma imagen egoísta. Por otra parte, los creyentes verdaderos se deleitan al ver la gloria de Cristo en los evangelios y también son transformados en esa misma imagen.

Nuestro Señor Jesucristo es el único que entiende perfectamente la bienaventuranza eterna, la cual será disfrutada por aquellos que creen en él.

Cristo ora para que «*donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria*» (Jn. 17:24).

Si al presente podemos entender solamente un poco de lo que esta gloria significa, por lo menos debemos confiar en la sabiduría y el amor de Cristo de que esta gloria será infinitamente mejor que cualquier cosa que podamos disfrutar ahora.

Tomado de *La Gloria de Cristo*.

la Epístola a los Corintios

A.T. Pierson

Palabra clave: Sabiduría**Versículo clave: 2:7-8.**

Los griegos se enorgullecían de su lengua y literatura, erudición y lógica. Pablo escribe esta carta para confrontar la mente griega, y comienza renunciando a la sabiduría. El apóstol magnifica las cosas de Dios, las palabras de Dios, las demostraciones del Espíritu, etc., sin utilizar sabiduría de palabras.

Esta epístola es una amonestación a los príncipes de este mundo, confiados en su sabiduría terrenal, mas necios ante los ojos de Dios. El mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría (1:21). El hombre natural no puede recibir las cosas del Espíritu. La sabiduría del mundo no logra ver el poder y la sabiduría de Dios en Cristo crucificado.

La justificación solo por la fe, sin mérito humano, el pecado de la incredulidad, el vivir santo por el poder de la gracia, la libertad en sumisión a Dios, el poder de la oración delante de Dios, la providencia divina aun en la disciplina – son misterios aun para el hombre más sagaz. Sin embargo, todos ellos son revelados a los creyentes por el Espíritu Santo (2:10).

El más profundo de todos estos misterios es la unión mística entre Cristo y la iglesia. Las facciones en la iglesia

deshonran este misterio. La impureza lo destruye. El matrimonio lo ilustra y es por él santificado. La identificación con ídolos lo profana. La cena del Señor lo expresa y simboliza. Las asambleas desordenadas lo menoscaban. La resurrección lo consuma. En virtud de esta unión mística, el cuerpo del creyente se transforma en templo de Dios. El pecado nos contaminó, pero la liberación viene a través de la impregnación de la vida del creyente con la vida divina.

División:

1. 1:1 - 1:9 Introducción.
2. 1:10 - 4:21 Divisiones en la iglesia.
3. 5:1 - 6:20 Disciplina en la iglesia.
4. 7:1 - 7:40 Matrimonio y celibato.
5. 8:1 - 11:1 Carne ofrecida a ídolos.
6. 11:2 - 11:34 Reuniones de iglesia.
7. 12:1 - 14:40 Dones del Espíritu.
8. Cap. 15. La resurrección.
9. Cap. 16. Varios asuntos menores.

Símbolos del desierto (I)

A.B. Simpson

Aunque las Sagradas Escrituras son un relato literal e histórico; con todo, por debajo de la narración, hay un significado espiritual más profundo.

Lecturas: Éxodo 13:17-18; 15:22-27.

El camino de la prueba

Tenemos aquí un cuadro del camino por el cual Dios guió a su antiguo pueblo inmediatamente después de su rescate. Naturalmente, es simbólico del camino de nuestro propio peregrinaje, así como su redención lo es de nuestra redención de la esclavitud del pecado y la miseria.

El Señor les guió no por el camino de los filisteos, que estaba más cerca, sino por el camino del desierto del Mar Rojo. Cuando Dios nos llama a él, no siempre nos guía por el camino más expedito.

Este es el tipo de las pruebas de la vida cristiana. Se nos da la razón: «Para que el pueblo no se arrepintie-

se cuando era perseguido y se volviera a Egipto». Dios no podía confiar en su pueblo y dejarles el camino fácil, sino que los llevó por un camino más largo, con el fin de disciplinarlos.

Muchas cosas en relación con aquel camino se aplican a nosotros. Lo primero es el que los tuviera apartados para sí, a fin de prepararlos para el futuro. Dios tiene que tomar a todos sus hijos aparte, para enseñarlos. Nuestro amado Señor tuvo que estar solo en el desierto durante cuarenta días, antes de iniciar su ministerio. No nos extrañemos, pues, si nosotros compartimos su vida.

Moisés permaneció cuarenta años en un lugar remoto antes que Dios pudiera usarlo. Y Pablo estuvo tres años

en Arabia, separado de Dios, y luego salió de allí para hacer la obra de su Señor.

Cuando los jardineros preparan un terreno para sus flores, primero se procuran tierra fértil, y luego pueden plantar en ella lo que desean.

Así también, cuando Dios quiere obtener una cosecha espiritual, dice: «Voy a llevármelos al desierto, y les diré palabras de consuelo. Y les daré viñas» (Jer. 31:5), esto es, el suelo que viene de la experiencia del desierto.

Amado, si tú tuvieras un camino fácil, te volverías cobarde y echarías a correr cada vez que vieras un filisteo. Aquellos que no han sido probados y disciplinados son así, débiles y cobardes. Y aquel a quien Dios quiere fortalecer para resistir el viaje a Canaán, tiene que ser capacitado por medio de la disciplina y el ejercicio, llevado por el camino difícil, entrenado como soldado para luchar las batallas de la vida, pasando ahora por las mismas cosas que vendrán después.

Otra razón por la cual los llevó al desierto fue para mostrarles su escaso valor. En Deuteronomio 8 lo dice claramente: «Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos».

Si ellos hubieran ido por una vía corta, habrían ido con la idea de que eran un pueblo de héroes triunfantes; pero cuando Dios los llevó por este otro camino, pronto se conocieron a sí mismos. Lo habrían descubierto más tarde, al llegar a Canaán, y habrían sido derrotados por ello. Pero Dios se los mostró por el camino de la prueba, antes que tomaran posesión de su heredad.

Dios nos lleva por el desierto para mostrarnos lo que somos.

Hay personas que pueden resistir bien una marcha larga, pero cuando tienen que afrontar pequeñas dificultades, se desaniman y fracasan. Pueden resistir un dolor severo, o llevar a cabo un servicio loable en alguna empresa; pueden seguir la marcha durante un tiempo, si todo va bien. Pero si vienen contratiempos y las cosas se vuelven agrias, desconfían, son desagradecidos. Si pudieran regresarían a Egipto y, como no pueden, culpan a Moisés que les había sacado de Egipto, rechazando así a Dios mismo.

Es maravilloso ver que Dios no trata de mostrarte lo mucho que eres ahora, sino lo poco bueno que hay en ti.

El descubrimiento más extraordinario en mi vida cristiana lo hice cuando al fin comprendí que lo que el Señor quería de mí era que tuviera una gran cantidad de fracasos y quedara

totalmente deshecho y me rindiera, y entonces él pudiera hacer su obra en mí. Entonces dejé de intentar hacer las cosas por mi cuenta. Había estado buscándole para que me ayudara de vez en cuando, pero él quería que yo dependiera de él en todo momento y en todo.

Dios te conduce por el desierto para ponerte a prueba y ver si guardarás o no sus mandamientos.

Otro propósito divino es mostrarnos cuán poco puede proporcionar el mundo para nuestra alma inmortal, y cómo Dios puede ser el proveedor de tu alma. Él los llevó al desierto en que no había nada con qué sostener a tres millones de personas para un solo día; y durante todos aquellos años los sostuvo en las arenas de Arabia, poniéndoles mesa cada día y haciendo que manara agua de las rocas, contestando con bendición sus quejas y murmuraciones.

Ellos no tomaron el sustento del desierto; allí no había agua ni pan. Los escépticos modernos tratan de explicar cómo ocurrió aquello. Sin embargo, hay pocas plantas, no hay grano suficiente bajo los tamarindos, y es ridículo tratar de entender la Biblia de esta manera. La provisión ilimitada y permanente tenía que venir de la mano de Dios. Esto tenía por objeto mostrar que Dios puede suplir toda nuestra necesidad.

Dios les sustentó con el maná, que no es un producto de la tierra, para mostrarles que él era suficiente para sostenerles.

Dios nos lleva por lugares angostos para que todo nos falle, y para que comprobemos que él puede hacerlo por nosotros. Dios lleva a algunos de los suyos por entre esta clase de sufrimientos, para que puedan encarar al diablo y decirle: «Dios me trajo a este lugar, y no hay nada que tú puedas hacer que sea más duro que el camino por el cual él me condujo».

Dios puso a Pablo en una situación en que era el espectáculo y el hazmerreír de los demás, para mostrarle que su gracia era suficiente. Cuando el desierto no nos da comida y el yermo desolado nos circunda por todas partes, el Señor los hará florecer.

Ahora, si Dios te conduce por lugares de prueba, no digas: «Dios quiere destruirme». Es para mostrarte lo que él puede hacer por ti. Él puede darte más de lo que necesitas. ¿Quieres aprender estas lecciones? Tú no puedes confiar en tus propias resoluciones, pero él es suficiente en todas tus pruebas y dificultades.

Demos ahora una mirada breve a sus tribulaciones y a la forma maravillosa en que Dios las satisfizo. Primero, no tenían agua; segundo, el agua era amarga; tercero, esto les amenazaba de enfermedad. No se nos dice que

la hubiera, pero el que se hable de sanidad lo sugiere.

Dios los llevó al desierto de Shur, y el hambre los amenazaba. Luego llegaron a una fuente en el desierto, un oasis. Iban a beber, pero se retiraron desanimados; era agua amarga y contaminada. En su desengaño, se volvieron contra Moisés y contra Dios, y se quejaron de que se les hubiera llevado a aquel viaje.

Nosotros llegamos a este tipo de situaciones, en que todo parece cerrado y sin escapatoria. Si ese es tu caso ahora, Dios quiere enseñarte que los métodos que usabas antes ya no sirven; él quiere que confíes en él y no en los recursos terrenales.

Ellos llegaron al agua y dijeron: «Por fin tenemos agua». Pero era amarga. ¿No has pasado por algo así?

Cuando has intentado confiar en un antiguo amigo y apoyarte en su brazo, has visto que era diferente de antes, que ahora él no te entiende. Y las cosas que antes te daban placer y satisfacción ahora son vanas y desabridas. Quizá lo que buscabas se ha vuelto lo contrario de lo que creías.

Aquello que crees que va a salvarte pasa a ser la prueba más amarga de tu vida. Dios lo ha permitido. Dios la ha transformado aquella fuente antigua en hiel, para mostrarte que la verdadera ayuda no viene de allí, sino de él.

Y entonces viene la enfermedad o la amenaza de ella. Cómo afectan a Dios las cargas de los hombres. Cristo llora por los ancianos, por los enfermos, los afligidos. Doy gracias a Dios cuando veo que él puede aliviar estas cargas del cuerpo y del alma. Y a éstos, Cristo, mirándolos como ovejas sin pastor y sanándolos, les dice: «Venid a mí todos los que estéis fatigados y cargados, y yo os haré descansar».

El árbol que cura

Veamos ahora las provisiones de Su gracia para los israelitas. Primero, tenemos el agua amarga. Dios les dejó probar la amargura, pero luego la convirtió en agua dulce. Las aguas amargas no fueron quitadas, sino que su sabor fue neutralizado y pasaron a ser una fuente saludable.

Esto es lo que Dios hace; él deja que venga primero lo amargo. Cuando lo comemos, el librito se vuelve amargo en nuestra boca, pero en el interior es más dulce que la miel.

Hay disciplinas que parecen duras y amargas, pero después dan fruto apacible de justicia. Y luego, hallas que las cosas que habías creído eran las puertas de la muerte, son las puertas del cielo. Aquello que creías iba a partir tu corazón, lo llena de cánticos de gozo, y se abren caminos que nunca habrían estado abiertos de no haber sido por este sacrificio de ti mismo a la voluntad de Dios.

Cuando Dios nos llama a él, no siempre nos guía por el camino más expedito. Este es el tipo de las pruebas de la vida cristiana.

¿Cómo nos llega esta dulzura? Echan-do el árbol de sanidad a las aguas. Aquel árbol estaba a la mano; crecía junto a la fuente. Siempre se halla cerca de la prueba, y puedes echar mano de él para transformar tu aflicción en gozo.

A veces, es algún versículo que no habíamos visto nunca, y que nos ha hecho levantar victoriosos; o bien, cuando estabas a punto de hundirte, hallaste una bendita promesa o una visión de Su victoria, y con ella ha cesado la batalla.

Puedes ir a Londres y leer allí en la torre y en otras mazmorras, palabras escritas por mártires y presos; puedes ir a Roma y ver, en las antiguas catacumbas, promesas que capacitaban a los creyentes para declarar que los tormentos de sus verdugos carecían de aguijón, porque el Señor Jesús había hecho real su Palabra en ellos, y había transformado su sufrimiento en triunfo.

Querido amigo, ¿has aprendido el uso del árbol que crece junto a tu puerta, y que transforma las lágrimas en gozo?

El pacto de sanidad

Pero no solo tenemos este árbol de curación, sino el pacto de sanidad. *«Allí les dio estatutos y ordenanzas, y allí los probó; y dijo: Si oyes atentamente la voz de Jehová tu Dios, y haces lo recto delante de sus ojos, y das oído a sus mandamientos, y guardas todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te enviaré a ti; porque yo soy Jehová tu sanador».*

No solo hubo provisión para las tribulaciones del desierto, sino para las enfermedades físicas.

Aquí vemos, primero, que esta curación divina ha de ser solamente de él. «Yo lo haré». Ha de ser algo continuo. «Yo soy Jehová tu sanador». Está en tiempo presente. Día tras día, él declara: «Yo seré la fuerza de vuestros cuerpos».

Luego ha de ser por la obediencia. «Si guardas todos sus estatutos». Es necesario oír y obedecer.

Gran parte de nuestras enfermedades vienen porque, aunque nosotros no lo hagamos a propósito, no entendemos a Dios; entramos en el camino prohibido y vuelven nuestras enfer-

medades. Así que él nos manda que hagamos, no solo que oigamos.

Además, ha de haber una distinción entre tú y el mundo. El Señor quiere que traces una línea divisoria.

«Ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te enviaré a ti». Este era un pacto y una ordenanza para ellos. Así que esto es equivalente a una designación de Dios como redención. Si no la aceptas, te privarás en la vida de uno de sus apoyos más dulces.

Cuarenta años más tarde, Dios renovó la misma promesa y el mismo pacto, con palabras más fuertes: «No pondrá sobre ti ninguna de las enfermedades de Egipto... pero las pondrá sobre todos aquellos que te aborrecen».

Luego notamos otras palabras en esta antigua ordenanza de sanidad. «Y allí los probó». Parece que ésta ha de ser una clase de prueba en nuestras vidas cristianas, para ver si confiamos en Dios o en el hombre.

Dios quiere comprobar si tenemos una confianza real en él o si es solo porque las cosas en que de verdad confiamos están lejos.

He visto que, cuando viene la enfermedad y el sufrimiento, y experimentamos si tenemos o no un Dios vivo que escudriña nuestra alma, y como resultado echamos mano de él, ha-

remos a Dios intensamente práctico después en nuestra vida.

Nadie piense que este principio de la curación de Dios debe ser forzado en todos, o que has de entrar en él poniendo en servidumbre tu conciencia. Dios quiere que estés plenamente persuadido en tu mente.

Pero si quieres tomar este texto de la Escritura y seguirlo por toda la Biblia, hallarás una misma enseñanza: que Dios aporta su suficiencia total a su pueblo en todas sus pruebas, y que él ha emprendido la tarea de ser para sus cuerpos lo que había sido para sus almas – el Dios que no cambia.

Considera esto en tu vida. Si estás luchando con la enfermedad, ¡cuánto necesitas que Cristo aliente su fuerza en ti en todo momento! No hay palabras para decir cuán cerca hará sentir el Salvador en tu vida que cada respiración que das es una parte de su ser vital. ¡Cuánto nos santifica esta idea, cómo nos hace andar con él en constante obediencia, y hasta qué punto parece multiplicar nuestras fuerzas!

La fuerza sobrenatural que obtenemos de Cristo es deliciosa. No es humana, es suya. Las cosas que hacemos en esta fuerza física divina van más lejos; llegan hasta los corazones de los hombres, y Dios parece que las hace durar por la eternidad. Este es un estatuto, una ley divina. Acéptala

con la certeza de que es tan sólida como la Roca de los siglos. Si la tomas, te guardará hasta que hayas terminado tu camino.

Los pozos y las palmeras de Elim

Hay un cuadro más aquí: los pozos y las palmeras de Elim, después de las aguas de Mara. «Y llegaron a Elim, donde había doce fuentes de aguas, y setenta palmeras; y acamparon allí junto a las aguas».

Esta es una dulce interrupción en la monotonía del cuadro: un oasis en medio de la desolación. Parece poner delante de nosotros suave verdor y sosiego.

Elim nos habla de descanso. Es el tipo de los tiempos de refrigerio que Dios nos envía después de temporadas de pruebas y sufrimientos. Los pozos nos hablan de provisión de agua, y las palmeras, de frescor en medio de la sequedad.

Hay doce pozos y setenta palmeras. Me gusta pensar que los doce pozos corresponden uno a cada mes, enseñándonos que Dios tiene alguna nueva revelación de sí mismo, alguna nueva provisión de gracia en cada temporada de la vida. Y las setenta palmeras nos hablan de una bendición para cada año. Los años promedio de la existencia humana son alrededor de setenta.

Hay un pozo para cada mes y un árbol para cada año. Nos dicen que toda nuestra vida puede ser fructífera, y que hay fruto a llevar en la juventud y también en la vejez.

Dios tiene algo para cada uno de nosotros al comienzo y algo para el final.

Amados, bebamos de estos pozos. Como el jardín de Dios tiene doce clases de frutos, también nosotros tenemos estas doce fuentes de bendición. Estas son sus provisiones de gracia. Algunos, por otra parte, aplican esto a las doce tribus; es bueno pensar que hubiera un pozo para cada una.

Las setenta palmeras nos hablan de muchos frutos. El mismo hecho que la palmera crezca en el desierto muestra que el cristiano puede crecer en todo lugar. Ella necesita el sol del desierto; no crece en un suelo rico; quiere el desierto, porque allí no falta espacio para crecer; hunde sus raíces en la arena y alza sus hojas al cielo para absorber cualquier traza de humedad.

Como palmeras, nosotros hemos de crecer en el suelo más árido y encontrar lo que necesitamos en él. Si tienes a Cristo en tu corazón, puedes crecer en cualquier parte, puedes ser un cristiano feliz en la sociedad, en el hogar o donde quiera que te encuentres.

No es verdad que el ambiente, si es malo, tenga que echarnos a perder. Si tienes las raíces y las hojas que deberías tener, puedes hacer del desierto un jardín, y las personas acamparán a tu alrededor.

De la palmera se puede obtener abundante provisión. Ella da un centenar de productos, además de los dátiles. De sus raíces se extraen artículos variados y deliciosos. Su savia proporciona deliciosos zumos. Así, pues, si tú eres una palmera, darás sombra a las personas que estén a tu alrededor y serás útil a otros.

Además, como este antiguo árbol de Elim, seguirás creciendo y multiplicándote año tras año, y en la juventud y en la vejez habrás cumplido

todo el ministerio de una vida hermosa y consecuente, y habrás sido no una, sino setenta palmeras.

El Señor te ayude para que lleves vida a esta región desértica. Síguele, y tendrás el desierto y las aguas amargas; pero tendrás un árbol que las hará dulces.

Luego llegarás a Elim, no solo con palmeras, sino con el árbol de vida en medio del huerto, y el río claro como el cristal, que fluye del trono de Dios y del Cordero, y el tabernáculo de Dios con los hombres, donde no se arrancarán nunca las estacas de las tiendas para emprender la marcha y cambiar de campamento, pues el desierto habrá dejado de serlo. Día feliz. ¡Así sea, amén!

EL «MESÍAS» DE HAENDEL

En el año 1737, el célebre compositor Georg Friedrich Haendel fue abatido por una crisis de apoplejía. Al pie de su cama, el médico dijo: «Quizás conservaremos al hombre, pero perdimos al músico». Pero el hombre se recuperó y el artista volvió a desplegar su creatividad.

Mientras pasaba por un periodo sombrío, Haendel recibió el encargo de poner música a una selección de pasajes bíblicos sobre la vida de Cristo. Él se impregnó de esos textos sobre el humilde nacimiento de Jesús anunciado por los profetas, sobre su muerte en la cruz, su resurrección y su ascensión. En 24 días de intenso trabajo, Haendel creó su obra maestra, *El Mesías*. «Dios estaba a mi lado», declaró el músico.

Recordar la obra de Cristo en sus diferentes facetas es un tema inagotable de alabanza, pero no solo para músicos famosos. Del fondo del corazón de todo creyente pueden elevarse himnos de alabanza, en todo tiempo, incluso en situaciones difíciles. Esa alabanza honra y glorifica a Dios y da gozo a quien alaba.

Congregándonos

Watchman Nee

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica

«...no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca» (Heb. 10:25).

Una singularidad del cristianismo es que su naturaleza no es individual sino colectiva. En él es enfatizada la reunión de los santos. La mayoría de las religiones abogan por la piedad individual; en tanto el cristianismo llama a las personas a congregarse. La gracia especial de Dios desciende sobre la reunión de los creyentes.

Por esta causa, la palabra de Dios nos demanda no dejar de congregarnos. Incluso en el Antiguo Testamento, Dios ordenaba que los judíos debían congregarse; entonces él les llamó «la asamblea del Señor». Para ser una congregación, ellos tenían que reunirse juntos. Por lo tanto, en el Antiguo Testamento, Dios ya hacía hincapié en el encuentro de su pueblo.

En el Nuevo Testamento llegó a ser mucho más evidente que los hombres deberían reunirse para recibir Su gracia. El mandato bíblico es: «No

dejando de congregarnos» (Heb. 10:25). Nadie puede ignorar este mandamiento sin perder la gracia. Es una necesidad dejar de reunirse con los santos.

La Biblia registra muchas ocasiones de reunión. Cuando nuestro Señor estuvo en la tierra, a menudo se reunía con sus discípulos. Aunque a veces conversaba con ellos individualmente, él estaba más interesado en reunirse con todos. Él estuvo con ellos en barcas, en hogares, en la cima de los montes y aun en el aposento alto prestado en la noche en que fue traicionado.

Después de su resurrección, se reunió con ellos a puertas cerradas. Antes del día de Pentecostés, los discípulos se reunieron de común acuerdo y perseveraron en la oración. En el día de Pentecostés también estaban todos juntos en un solo lugar.

Una vez más, en Hechos 2, vemos que todos los que recibieron la palabra y fueron bautizados «perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones» (Hechos 2:42).

Más adelante, bajo persecución, iban a su propio ambiente donde había una reunión de oración. Cuando Pedro fue liberado milagrosamente de la cárcel, también fue a una casa donde la gente se había reunido a orar.

Las epístolas también ordenan a los creyentes no dejar de congregarse. En Corintios se hace mención especial de toda la iglesia reunida. Nadie que pertenece a la iglesia debería estar ajeno a estas reuniones.

¿Qué significa la palabra «iglesia» (más exactamente, «asamblea») en griego? *Ek* significa «fuera de» y *klesis* significa «llamado». *Ecclesia*, entonces, son «los llamados a reunirse afuera».

Hoy en día, Dios no solo ha llamado a un pueblo sino que también él nos quiere congregar juntos. Si cada uno de los que son llamados quisiera mantener su independencia, no habría iglesia. Así se nos muestra la importancia de reunirnos juntos.

Reconocer Su presencia

Además, el Señor promete dos veces su presencia especial: una en Mateo

18 y otra en Mateo 28. La última, «*He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*», se refiere a ser testigos de Cristo; la primera, «*Porque allí donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*», alude a reunirse en su nombre.

Estas dos promesas son distintas de la presencia del Señor con nosotros individualmente.

Muchos solo conocen Su presencia de manera personal, pero tal conocimiento es insuficiente. Su presencia más poderosa y plena es conocida solamente en la asamblea. Aunque está su presencia contigo personalmente, esta tiene un grado menor.

Solo en la reunión junto con hermanos y hermanas experimentas su presencia en una manera que nunca lo hiciste antes. Por lo tanto, aprende a reconocer esta presencia en las reuniones. Es una tremenda gracia que no puede ser obtenida de otro modo.

¡Cuán maravillosa es la asamblea de los hijos de Dios! No sabemos cómo funciona el cuerpo de Cristo, pero sabemos que sí funciona. Mientras un hermano se levanta, tú verás luz. Cuando se levanta otro hermano, sientes la presencia del Señor. Todavía otro hermano abre su boca para orar, y tocas a Dios. Aún otro dice unas pocas palabras, y tú recibes suministro de vida.

Permíteme decirte que esto es algo más allá de la explicación ¿cómo funciona el cuerpo de Cristo en conjunto? No entenderemos esto hasta que nos encontremos ante el Señor en su retorno. Hoy sólo podemos seguir lo que el Señor ha ordenado.

Reunidos con el Señor

¿Cómo deberíamos reunirnos? La Biblia establece un principio básico: todas las reuniones deben ser en el nombre del Señor. El significado de esto es simplemente que nos reunimos bajo la autoridad del Señor y también que estamos centrados en él.

Nuestro propósito al estar juntos es reunirnos con el Señor. Él es nuestro atractivo. Debe estar claro que no vamos a las reuniones para ver a ciertos hermanos o hermanas, pues nuestro propósito al reunirnos no son ellos. El Señor es el centro. Vamos, junto con muchos otros hermanos y hermanas, para comparecer ante Su presencia.

¿Por qué nos reunimos en el nombre del Señor? Porque, físicamente hablando, el Señor no está aquí. Si él estuviera presente físicamente, su nombre no sería tan prominente. Pero, puesto que él está ausente, su nombre viene a ser más apreciable.

Hoy nuestro Señor está físicamente en el cielo; sin embargo, él ha dejado su nombre en la tierra. Así que hoy

Debe estar claro que no vamos a las reuniones para ver a ciertos hermanos o hermanas, pues nuestro propósito al reunirnos no son ellos. El Señor es el centro.

nos reunimos en su nombre para poder acercarnos a él. Él nos promete que, si nos reunimos de esta forma, él estará en medio de nosotros; es decir, su Espíritu estará en medio de cada reunión.

Cuando nos congregamos, no vamos a oír un predicador, sino a tener un encuentro con el Señor. Este es un concepto que debe estar firmemente establecido entre nosotros.

Si nos reunimos para oír a cierto hombre, ¿nos estamos reuniendo en el nombre de este hombre o en el nombre de nuestro Señor? Muchos publicitan los nombres de los oradores; sin saberlo, están llamando a la gente a reunirse alrededor de estos hombres.

Aunque nuestro Señor está en el cielo, él está aún entre nosotros, porque su nombre está en medio de nosotros y también su Espíritu. El Espíritu Santo es el custodio del nombre del Señor. Él ha sido enviado a proteger

y cuidar este nombre. Está aquí para exaltar ese nombre que es sobre todo nombre. Por lo tanto, nosotros debemos reunirnos al nombre del Señor.

Para edificación

Otro principio que gobierna cada reunión es la edificación del pueblo de Dios. Según 1ª Corintios 14, este es un propósito básico en todas las reuniones – que otros, no sólo nosotros, puedan ser edificados.

Pablo explica cómo el hablar en lengua te edifica a ti mismo, pero que es necesaria la interpretación para que otros puedan recibir ayuda. Si no hay interpretación, aquel que habla en lengua debe guardar silencio en la iglesia.

En otras palabras, el principio de hablar en lenguas es para auto-edificación y no para la edificación de los demás, mientras que la interpretación permite transmitir lo que alguien tiene a los demás para su edificación.

Aquello que edifica solo a uno mismo y no a los demás no debe ser ex-

presado en la reunión. Por lo tanto, cuando venimos a la reunión, debemos considerar si realmente otros serán edificados. Incluso el hacer preguntas no es solo para nuestro beneficio personal. En todo lo que yo hago, ¿ayudo a la reunión o la perjudico?

Las reuniones son la ocasión donde más se manifiesta el individualismo. Algunas personas solo pueden pensar en sí mismas. Si tienen un himno que quieren cantar, hacen todos los intentos posibles. Sin duda, ellos mismos pueden ser edificados, ¿pero eso, contribuyó a la reunión?

Por último, queremos repetir que todos aquellos que se reúnen deben tener un objetivo: la edificación de unos a otros, no de uno solo.

Yo debería abstenerme de hacer algo que pueda incomodar a los demás. Si mi silencio puede inhibir a otros, entonces hablaré. En todas las cosas, debo aprender a edificar a todos.

Traducido de *Spiritual Exercise*.
Chapter 16: «Assembling Together».
Christian Fellowship Publishers.

MARCANDO EL CAMINO

En los bosques de la frontera, cuando un hombre sale de casa, se lleva una pequeña hacha de mano, y va cortando algunas ramas y quitando trocitos de la corteza de los troncos de los árboles a su paso. Lo hace para reconocer el camino de regreso, pues no hay senderos en esos bosques espesos.

Cristo ha venido a esta tierra y ha marcado el camino. Si lo seguimos, estaremos yendo por la buena senda.

D.L. Moody, *El camino hacia Dios*.



Servir amando

La familia y, en especial el matrimonio, tienen la máxima prioridad en el servicio cristiano.

Marcelo Díaz

Un tizón arrebatado del fuego... Así fue llamado el famoso predicador John Wesley, después que, milagrosamente, a los seis años de edad, fue salvado del incendio de la casa pastoral en la cual vivía junto a sus padres y numerosos hermanos.

Quien conoce la historia de su vida estará de acuerdo en que, en verdad, él fue un tizón de fuego, por su espíritu fervoroso y pasión por la evangelización.

Fue uno de los hombres más usados por Dios en la historia de la iglesia, de quien se cuentan hechos impactantes. Atendió servicios multitudinarios en los cuales predicaba la palabra junto a su hermano Charles, quien, a su vez, compuso miles de himnos cristianos que aún hoy se cantan en las congregaciones.

Dios usó a Wesley para encender un avivamiento espiritual en Inglaterra del siglo XVIII. Su legado repercute

hasta hoy, y la influencia de su trabajo por el Señor transformó la sociedad inglesa.

Se cuenta entre los más abnegados siervos de Dios. Se dice que viajó más de 400.000 kilómetros predicando el evangelio, principalmente a caballo. Wesley cruzó el mar irlandés más de 42 veces y predicó más de 40.000 sermones. Su biografía contiene numerosos relatos de valor espiritual, milagros, y ejemplos de una vida abnegada de servicio y devoción cristiana.

Lo triste

Sin embargo, hay una parte triste en la historia de este siervo de Dios que habitualmente no se menciona, algo que no es digno de imitar, y tiene relación con su tensa vida matrimonial. Desde el inicio, su historia es una sucesión de equivocaciones que termina con la separación definitiva. Una verdadera tragedia en la relación de pareja. En definitiva John Wesley y

Mary Vezaille –Molly, como se le conoce– fueron incapaces de construir una relación de amor y servicio.

Testimonio epistolar

Los biógrafos cuentan que, debido a sus constantes viajes misioneros, Wesley descuidó notablemente el tiempo para su esposa, lo cual provocó una tensa relación de celos y ofensas mutuas.

He aquí algunos extractos de quienes han investigado su epistolario.

«Reunidos en Inglaterra, se enfrentan violentamente. Wesley se niega a cambiar sus hábitos de escritura (de enviar cartas afectuosas a otras mujeres) y Molly le acusa de adulterio y lo maldice, en sus propias palabras, con «todas las maldiciones de Génesis a Apocalipsis».

«Cuando Wesley fue a una gira en Irlanda en 1758, Molly informó que las últimas palabras de su esposo a ella fueron: ‘Espero no ver más tu rostro malvado’».

«En 1771, Molly anunció que dejaba a John. El 23 de enero, el diario personal informa: “¿Qué lo provocó?, no lo sé hasta hoy. Ella partió a Newcastle, proponiéndose ‘nunca jamás volver’. ‘Yo no la he dejado; no la he despedido, y no voy a pedirle que regrese’».

La primera señal de problemas surgió poco después de la boda. Al ex-

plicar a sus hermanos por qué se había casado tan rápido, dijo que el matrimonio era ‘una cruz que había tomado’ a fin de ‘derribar el prejuicio en cuanto al mundo y a él’. La misma semana asistió a una conferencia, y después salió en una de sus largas giras de predicación. Justificaba sus acciones con las palabras: ‘Respecto a viajar al extranjero, el predicador metodista que tiene una esposa debe ser como si no la tuviera’».

«Comprensiblemente, estos dos sucesos rompieron el corazón a Molly. Algunos dicen que los celos de ella y su violento temperamento destruyeron el matrimonio. No obstante, Wesley no fue meramente pasivo como esposo; él fue absolutamente negligente. Según él, ningún predicador metodista debería predicar un sermón menos o viajar un día menos estando casado que estando soltero».

«Molly intentó acompañarlo en sus giras, pero él rehusó alterar su hábito de seguir viajando a pesar de la lluvia, el frío, y los malos caminos. Ella trató de quedarse en casa, solo para sufrir la acusación de que no respaldaba a su esposo como debía. Ella apeló al hermano de él, Charles, y a otros hermanos para que intercedan, pero ellos, en su mayor parte, se pusieron del lado de John».

«Comentando sobre el matrimonio y el ministerio, Wesley a menudo decía que si Molly hubiera sido una

mejor esposa y se hubiera conducido como debería haberlo hecho, él habría sido infiel a la obra que Dios había escogido para él. Extraño pensamiento. Obviamente, Wesley estaba casado con su trabajo primero y consideraba a Molly como una distracción antes que como su compañera en la vida y en el ministerio».

Extrayendo lecciones

Nadie puede alegrarse con la noticia de una crisis matrimonial. Aquellos que han experimentado algo similar, saben el dolor que esto ocasiona.

Por ello, en esta historia, nuestra intención no es condenar ni legitimar las conductas de John y Molly, sino más bien advertir, a través de su ejemplo, los peligros que corren los hijos de Dios si descuidan el pacto matrimonial, aun por razones tan sublimes como servir en la obra de Dios.

La familia, plataforma de servicio

Dos ejemplos nos ayudarán a entender que la vida conyugal es algo en lo cual hay que invertir. El primero está en Cantares 1:6. La sulamita, que nos representa a todos nosotros, expresa su pesar y las secuelas después de haber reflexionado sobre las prioridades en su vida. Ella dice: *«Me pusieron a guardar las viñas, y la viña que era mía no guardé».*

Aquí observamos el conflicto de las prioridades. La familia y, en especial

el matrimonio, tienen la máxima prioridad en el servicio cristiano. Las razones son claras. No se debe construir teniendo como base las ruinas de la propia familia, pues lo que se intenta edificar en otros, debe tener un correlato en la vida personal. De lo contrario, existe una contradicción lógica en el servicio.

El apóstol Pablo evidencia este principio en sus consejos a Timoteo y Tito, quienes a su vez estaban dedicados a establecer ancianos en las iglesias locales para cuidar de la grey.

Pablo señala: *«Que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad, (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?»* (1ª Tim. 3:4-5). *«Que gobiernen bien sus hijos y sus casas»* (1ª Tim. 3:12). *«...el que fuere irreprochable, marido de una sola mujer, y tenga hijos creyentes que no estén acusados de disolución ni de rebeldía»* (Tit. 1:6).

Los ancianos son responsables de tareas pastorales entre los hermanos, y esta tarea reviste características de urgencia. Quien ha dado días de servicio en ello, sabe que la demanda de atención y cuidado en la iglesia es intensa. Por ello, un corazón apasionado por el Señor y servicial a la iglesia puede equivocarse al quitar importancia al matrimonio y la familia.

Junto a ello, cabe destacar que el ejercicio del don es más placentero que la responsabilidad familiar. Por ello, el riesgo de evadir la responsabilidad justificándola por una causa noble como el servicio, es siempre amenazante, de lo cual hay que ser consciente.

La voluntad de Dios vs. la ansiedad

En relación a la urgencia del servicio, el Señor nos enseñó una lección con uno de sus amigos más queridos, Lázaro. Juan 11:5 dice que Jesús amaba a Marta, María y Lázaro. Existía en el corazón del Señor un aprecio especial hacia esta familia. Lázaro era su amigo (Jn. 11:11). Sin embargo, el Señor tuvo un comportamiento aparentemente inexplicable frente a la enfermedad de Lázaro y el urgente llamado de sus hermanas.

Extrañamente, Jesús no se movilizó ante el llamado de auxilio (11:3). Por el contrario, él atrasó su asistencia en varios días.

En consecuencia, Lázaro murió. En una mirada rápida, objetivamente podríamos concluir que la obra pastoral del Señor fue negligente. Sin embargo, la lección es otra: Todo hijo de Dios debe aprender a servir movido por la voluntad de Dios y no por la urgencia de las situaciones. Esto, una vez más, nos muestra la necesidad de

Todo hijo de Dios debe aprender a servir movido por la voluntad de Dios y no por la urgencia de las situaciones.

inquirir en la voluntad de Dios y no ser presa de la ansiedad, olvidando las prioridades que tiene el matrimonio y la familia en el propósito de Dios.

La abstracción de la vida exterior

Tenemos otro ejemplo en Cantares 5:2-6. *«Yo dormía, pero mi corazón velaba. Es la voz de mi amado que llama: Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, perfecta mía, porque mi cabeza está llena de rocío, mis cabellos de las gotas de la noche. Me he desnudado de mi ropa; ¿cómo me he de vestir? He lavado mis pies; ¿cómo los he de ensuciar? Mi amado metió su mano por la ventanilla, y mi corazón se conmovió dentro de mí. Yo me levanté para abrir a mi amado, y mis manos gotearon mirra, y mis dedos mirra, que corría sobre la manecilla del cerrojo. Abrí yo a mi amado; pero mi amado se había ido, había ya pasado; y tras su hablar salió mi alma. Lo busqué, y no lo hallé; lo llamé, y no me respondió».*

Aquí vemos un ejemplo común en la vida de muchos matrimonios: el ensimismamiento. Este tipo de abstracción de la vida exterior, lleva a concentrar extremadamente la atención en los propios pensamientos, desoyendo el llamado de auxilio del cónyuge que está al lado.

En este pasaje, la mujer vive una especie de sopor que le nubla la atención de su amado, tanto así que ignora el llamado, por comodidad. Ella es incapaz de ver objetivamente la situación, y sus explicaciones son absurdas. El amado, víctima de su dolor, intenta reunirse con ella, sin resultados. El tiempo pasa, y cuando ella decide atenderlo, él se ha retirado, lo que le origina un estado de conciencia y desesperación tal, que en busca de él, desestima el peligro.

El ensimismamiento es muy peligroso; es estar tan lleno de sí mismo, al punto de no ver la legítima necesidad del otro. En el matrimonio, esto puede estar representado por el trabajo, la salud, el legítimo anhelo de surgir, el cuidado de los niños, las tareas del hogar, y todo aquello que nos quita la fuerza vital para la subsistencia de la vida matrimonial.

El amor, lo esencial

El último libro de la Biblia nos muestra esta misma escena, pero ahora

desde la perspectiva del amado. Él le dice a ella: *«Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente, y no has desmayado. Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor»* (Apoc. 2:2-7).

Este triste reclamo del Amado por la iglesia representa para nosotros, los matrimonios cristianos, un llamado de alerta a cuidar lo esencial en nuestra relación – el amor.

Amarse es el vínculo de excelencia. En el matrimonio, el amor es prioridad número uno. Quien deja de crecer en él, llenará su vida y su tiempo de otros «amores» que solo le llevarán al dolor y la erosión matrimonial.

Felizmente, hay una salida para quien ha sido presa de este error – volver atrás, al punto del extravío. Desandar el camino para, luego, en la fuerza del arrepentimiento y la corrección, continuar juntos, socorridos por la gracia de Dios.

«Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras» (Apoc. 2:5).

Fuentes: *John Wesley* (Stephen Tomkins). *Matrimonio, de sobrevivir a prosperar* (Charles Swindoll).

El ateísmo

...y el peso de la prueba

Los argumentos de la existencia de Dios están siendo tomados hoy de forma seria, y son hábilmente defendidos.

Paul Copan

Cuando conversamos con ateos, ellos podrían desafiarnos: «Tú estás diciendo que Dios existe; por lo tanto, el peso de la prueba está en ti, no en mí. Entonces, ¿dónde está tu evidencia?».

El ateo Michael Scriven insiste: «No necesitamos tener una prueba de que Dios no existe para justificar el ateísmo. El ateísmo es obligatorio en la ausencia de alguna prueba de la existencia de Dios»¹. Puede ser que alguien te haya dicho que la creencia en Dios es simplemente como la creencia en Santa Claus o el duende de los dientes. ¿Dónde comenzamos a responder tales aseveraciones?

Definiendo el ateísmo

Primero, define tus términos – comprende los términos que estás usando. Puedes aclarar aquello que es confuso y mantener estable la conversación con un ateo profesante. Pregúntale a tu amigo: «¿Cómo defi-

nes el ateísmo?». Según la Enciclopedia de Filosofía, la definición histórica de ateo es alguien que «sostiene que no hay Dios, es decir, que la oración *Dios existe* expresa una proposición falsa»².

El filósofo deísta Anthony Flew (ex ateo), definió al ateísmo como «rechazo de la creencia en Dios», no simplemente la ausencia de la creencia en Dios³. De la misma forma, Julian Baggini, en su libro «Ateísmo, Una Muy Breve Introducción» afirma que el ateísmo es «extremadamente simple de definir. Es la creencia de que no hay Dios o dioses»⁴.

En contraste, central al teísmo es que un Creador personal infinitamente bueno, sabio, increado, y poderoso hizo existir una creación separada de sí mismo, aunque él sostiene todas las cosas en su ser. Esta creación está compuesta de cosas visibles e invisibles. Y Dios únicamente hizo a los

seres humanos con distintiva moral, espiritual, intelectual y capacidad relacional.

La justificación del ateo

Segundo, el ateo también carga el peso de la prueba al hacer la proclama: «Dios no existe». Ten en mente: El ateo está realmente proclamando el conocimiento de algo de la misma forma que el teísta lo hace. Entonces, en vez de sacudirse de cualquier peso de prueba, el ateo debe entender que ambas aseveraciones necesitan justificación, no solamente las del teísta. Si tú afirmas saber algo, debieses ser capaz de justificarlo cuando se exija.

El ateo –si en verdad lo es– dice que Dios no existe. Pero podemos preguntar: «¿Por qué piensas esto? ¿Qué argumentos positivos existen para sostener esto?». Hasta la fecha, no ha habido recientemente ningún argumento que siquiera se acerque a demostrar cómo es esto posible. Algunos pueden decir: «Los argumentos

Rehusar el buscar si Dios existe o no; rehusar humillarse a buscar cualquier luz de Dios disponible nos hace culpables de nuestra ignorancia, no inocentes.

a favor de la existencia de Dios no sirven». Pero eso no es suficiente. Necesitas demostrar por qué Dios no existe. En mi experiencia, el ateo, más temprano que tarde, resulta ser agnóstico.

Ateísmo y agnosticismo

Tercero, busca la inclinación del ateo por el agnosticismo, para relacionar incredulidad con simple falta de fe. Los verdaderos agnósticos afirman no saber si Dios existe o no. En contraste, el ateísmo es una firme proclamación y es realmente una posición bastante difícil de defender. Como ya se dijo, muchos ateos profesantes no son verdaderos ateos, es decir, alguien que no cree o rechaza creer en Dios, sino que ellos se parecen más a los agnósticos – no creyentes. Lo que quieren decir por: «No hay Dios» es más parecido a: «Me falta creencia en Dios».

En abril de 2001, hablando en un foro en Massachusetts, un estudiante me dijo: «La razón por la cual soy ateo es porque los argumentos a favor de la existencia de Dios no sirven».

Respondí: «Entonces tú deberías ser un agnóstico, no un ateo. Es lógicamente posible que Dios pueda existir incluso si los argumentos disponibles a favor de Dios no son sólidos. Por lo tanto, en ese caso, deberías ser agnóstico. Tienes que hacer más que decir que los argumentos a favor de

Dios no sirven para ser un ateo. Tú tienes que demostrar por qué Dios no puede existir. Mira, la ausencia de evidencia no es evidencia de la ausencia. Aquel que dice ser ateo pero simplemente carece de creencia en Dios está empañando la distinción histórica entre agnóstico y ateo»⁵.

Nosotros deberíamos enfatizarle gentilmente esta pregunta: «¿Qué hace que tu posición sea diferente a la de un agnóstico?».

Dos tipos de agnósticos

Cuarto, distinguir entre los dos tipos de agnósticos: común y de mal carácter. Ustedes han visto el adhesivo para parachoques: «Agnóstico militante: no sé y tú tampoco sabes». Perciban la posición de este agnóstico. No está simplemente confesando: «Simplemente no sé si Dios existe» – y posiblemente le gustaría saber. Esta sería la posición agnóstica común. No, él está tomando la posición agnóstica de mal carácter. Está afirmando saber algo, después de todo – que nadie puede saber si Dios existe.

Recientemente, en una discusión filosófica local (Café de Sócrates)⁶, un participante exclamó: «Tú no puedes saber que Dios existe».

Le respondí: «Pero, ¿cómo sabes tú que alguien no pueda saber que Dios existe?». Entonces le presioné: «Puedo entender que solo estés hablando por ti acerca de no saber si Dios

existe. Pero, ¿cómo puedes decir que nadie puede verdaderamente saber que Dios existe? Eso me suena imprudente». El agnóstico militante habla por todas las personas, afirmando saber que nadie puede saber que Dios existe. Pero, ¿cómo puede él respaldar la aseveración de saber esto? Como aquel ateo, el agnóstico militante también debe justificar sus dichos.

Pruebas y buenas razones

Quinto, distinguir entre pruebas y buenas razones. En el pasado, los filósofos cristianos y teólogos han hablado acerca de pruebas de la existencia de Dios. Para muchos, sin embargo, esto sugiere un cien por ciento, absoluto, certeza matemática, sin espacio para otras explicaciones o alternativas. He encontrado personas que dicen que, aun si una alternativa a la respuesta de Dios es lógicamente posible, ellos no deben tomar a Dios en serio. Es lógicamente posible que el asombroso universo finalmente ajustado, que da vida, que produce vida y la sustenta, apareciera por un proceso material inconsciente y no guiado. ¿Tomamos decisiones importantes o juicios en cualquier otra área de la vida con la base de débiles posibilidades? Simplemente porque algo es posible no significa que es remotamente plausible. He hablado con escépticos, agnósticos y ateos que parecen dispuestos a arriesgar

todo basado en las más remotas posibilidades lógicas – un hilo muy delgado en el cual sostener todo. Es lógicamente posible que el universo sea sólo una ilusión también, pero profundamente contraintuitivo e inverosímil. Claramente, muchas posibilidades alternativas no nos detienen necesariamente para considerar de forma seria explicaciones más fundamentales.

He aquí el punto: No necesitamos cien por ciento de certeza para verdaderamente saber. Después de todo, no podemos demostrar total certeza que nuestro conocimiento es cien por ciento cierto. Creemos muchas cosas con seguridad, incluso cuando no tenemos certeza absoluta. De hecho, si la mayoría de las personas siguieran la regla del cien por ciento para el conocer, sabríamos muy poco. Pero nadie en verdad cree eso.

Ahora, si nuestras únicas opciones fuesen ya sea cien por ciento certeza o escepticismo, entonces no seríamos capaces de diferenciar entre estas visiones, que son altamente plausibles, por un lado, y completamente ridículas, por otro. Ambas visiones quedarían cortas del cien por ciento de certeza estándar; por lo tanto ambas debiesen ser descartadas de inmediato. Pero eso claramente no tiene sentido. Lo que resulta interesante es que los escépticos del conocimiento co-

múnmente parecen bastante convencidos –absolutamente convencidos– de que ellos no pueden saber.

También nosotros sabemos algunas cosas sin necesitar evidencia – por ejemplo, que la tierra es más antigua que quince minutos. Estas creencias son, como algunos filósofos dicen, «propriadamente básicas». Simplemente aparecen en nuestra experiencia, y no tenemos razón para dudar de ellas. No podemos demostrar que la tierra tiene más tiempo que quince minutos. Ahora es lógicamente posible que podamos equivocarnos, pero podemos saber estas cosas con bastante confianza, incluso sin tener certeza absoluta.

Dios bíblico y seres míticos

Sexto, tenemos buenas razones para la creencia en el Dios bíblico, pero no para la creencia en seres míticos como las sirenas, elfos, unicornios, el duende de los dientes o el monstruo espagueti volador*.

Cuando la gente dice que la creencia en Dios es como la creencia en el hada de los dientes o el conejo de

* Nota aclaratoria: El Pastafarismo o «Religión del Monstruo Espagueti Volador» (neologismo derivado de *pasta*, espagueti, y *rastafarismo*), es una parodia de religión surgida en las últimas décadas como protesta social en Estados Unidos, para denunciar y oponerse a la difusión de la hipótesis del Diseño Inteligente, impulsada por sectores políticos y religiosos.

pascua, eso es un error filosófico garrafal, una mal guiada comparación. Estos casos son bastante diferentes.

Tenemos buenas razones para pensar que el duende de los dientes o Santa Claus no existe. Por ejemplo, sabemos que los padres comúnmente reemplazan los dientes caídos de sus hijos, puestos bajo la almohada, con alguna sorpresa; sabemos de dónde provienen los regalos del árbol de Navidad. En contraste, la creencia en Dios es muy diferente, y hoy vivimos una era en donde los argumentos a favor de la existencia de Dios están siendo tomados de forma seria y son hábilmente defendidos.

Mientras las evidencias de la existencia de Dios puedan parecer faltantes, es diferente a decir que tenemos evidencia que él no existe (que es lo que hacemos con el hada de los dientes o Santa). Tener razones para rechazar la existencia de algo es diferente de no tener evidencia para algo. Negación rotunda de la existencia de Dios es lo que ocurre cuando no distinguimos entre: (a) no creer en la existencia de algo (como en el caso de Dios) y (b) creer que no existe (como en el caso de los unicornios)⁷.

¿Qué decir de la sugerencia de Richard Dawkins donde posiblemente el monstruo espagueti volador es responsable de la existencia del universo?

(i) Objetos físicos, como el monstruo espagueti volador, serían parte del universo físico. El único verdadero Dios trasciende el mundo empírico; los monstruos espagueti no, sino que están insertados en él⁸.

(ii) Esta «objección» no prueba nada. Solo nos recuerda que los argumentos filosóficos acerca de la naturaleza del Creador no pueden volverse tan específicos como aquellos relacionados con revelaciones especiales. Sin embargo, el universo llegó a existir en un tiempo finito atrás, de materia previamente existente, energía, espacio, y tiempo; entonces aun podemos concluir legítimamente que lo que trajo el universo a existir es personal, poderoso, inmaterial – no como un monstruo de espagueti.

(iii) Esta objeción no socava la conclusión legítima que el universo finalmente ajustado fue diseñado por un ser extraordinariamente inteligente.

(iv) No hay razón para pensar que el monstruo espagueti volador es necesariamente un ser, uno que necesariamente existe en todos los mundos posibles. Ya sea que algo es necesario (que existe en su propia naturaleza sin depender de algo fuera de él) o es contingente (depende de algo más para su existencia o no existe por sí solo). ¿Requiere la naturaleza del monstruo espagueti volador que éste exista necesariamente? No tenemos razón para pensarlo así.

(v) ¿Por qué sugerir un monstruo de espagueti en algún caso? ¿De dónde proviene esta idea, y por qué debiese ser tomada tan en serio? ¿Cómo se conectan los fenómenos del universo y de la experiencia humana con esta entidad? ¿En qué nos facilita para explicar estas características de la realidad?

Para aquellos que quieren leer acerca de las evidencias de la existencia de Dios, menciono algunas de ellas en un ensayo llamado «¿Es el Naturalismo una explicación más simple que el Teísmo?»⁹. De hecho, hay mucho que decir para apoyar la existencia de Dios¹⁰.

Ignorancia inocente e ignorancia culpable

Séptimo, debiésemos distinguir entre dos tipos de ignorancia, inocente y culpable; y el agnóstico sería bastante culpable al rehusarse a buscar. Cuando una turista occidental viaja a Cambodia, ella puede no ser consciente de que exponer la planta de su pie o la suela de su zapato es insultante y ofensivo. Ella puede ofender a alguien por ignorancia del tabú cultural, pero esta ignorancia es inocente.

Hay otro tipo de ignorancia. ¿Qué pasa si estás conduciendo por una autopista y no pones atención a las señaléticas de límites de velocidad? Si un policía te detiene por ir a exce-

so de velocidad, tú no podrías decirle: «No sabía cuál era el límite de velocidad, o cuán rápido iba. Entonces usted no debiera pasarme una multa». Obviamente, si tú vas conduciendo, eres responsable de poner atención. La ignorancia no es una excusa. Es digna de culpar y no inocente.

De la misma forma, decir: «No sé si Dios existe», podría revelar una falla en mi responsabilidad de buscar a Dios («No quiero saber»). En este caso, yo estaría fallando.

El genetista cristiano Francis Collins del proyecto Genoma Humano dijo que él era agnóstico cuando estaba en la universidad. Incluso confiesa que su no saber era más una actitud de no querer saber – ceguera voluntaria¹¹. Este agnosticismo eventualmente se convierte en un rotundo ateísmo – aunque Collins más tarde llegó a la fe en Cristo. Él leyó «Mero Cristianismo» de C.S. Lewis, y comprobó que sus propias construcciones anti religiosas eran «propias de un escolar»¹².

Debido a que la existencia de Dios es un tópico masivamente importante, no podemos darnos el lujo de no poner atención, especialmente en una era de tantos desvíos.

El filósofo Tom Morris señala que deportes, televisión, restaurantes, conciertos, autos, billar, y miles de otras actividades pueden desviarnos

de los temas supremos de la vida. Como resultado, nosotros no sintonizamos con Dios. Y cuando una crisis golpea —muerte, hospitalización, desastre natural—, no estamos realmente en la mejor condición para procesar juicios precisos acerca de aquellas profundas preguntas¹³. La persona que dice: «No sé si Dios existe», puede haber escogido vivir por distracciones y desvíos y así ignorar a Dios. Esta no es una ignorancia inocente, sino el resultado de no cumplir con nuestro deber.

Entonces el teísta, el ateo y el militante agnóstico, todos cargan con el peso de la prueba. El teísta no tiene una carga más pesada, ya que todos afirman saber algo. Incluso el supuesto agnóstico ordinario no se libera de su culpa, por una razón: en la vida no se puede permanecer neutral. Se tiene que hacer compromisos o aferrarse a creencias que reflejan ya sea una posición atea o teísta.

El agnóstico terminará por convertirse ya sea en un ateo o teísta práctico (o una mezcla de ambos). Tendrá que adoptar alguna postura durante su vida. No se puede permanecer parcial por mucho tiempo. También, el agnóstico común podría decir: «Yo no sé» pero eso a menudo significa: «No me importa». Rehusar el buscar si Dios existe o no; rehusar humillarse a buscar cualquier luz de Dios disponible; vivir una vida de distracciones

en vez de consideradamente reflejar nuestro propósito, significado, o destino nos hace culpables de nuestra ignorancia, no inocentes.

Referencias:

- (1) Michael Scriven, *Primary Philosophy* (New York: McGraw-Hill, 1966), 102.
- (2) Paul Edwards, ed., «Atheism,» *Encyclopedia of Philosophy* (New York: Macmillan, 1967), 1:175.
- (3) Antony Flew, *Dictionary of Philosophy* (New York: Macmillan, 1979), 28.
- (4) Julian Baggini, *Atheism: A Very Short Introduction* (Oxford University Press, 2003), 3.
- (5) Ver también J.P. Moreland, *Does God Exist?* (Amherst, New York: Prometheus, 1993).
- (6) Ver <http://www.meetup.com/Socrates-Cafe-in-West-Palm-Beach-FL/>.
- (7) Scott Shalkowski, «Atheological Apologetics», *American Philosophical Quarterly*.
- (8) Eric Reitan, *Is God a Delusion? A Reply to Religion's Cultured Despisers* (Oxford 2009).
- (9) Paul Copan, «Is Naturalism a Simpler Explanation Than Theism?» in *Enrichment* 17, N° 1 (2012): 108-11.
- (10) Dejo algunas de estas razones en un número de mis libros. Un buen lugar para comenzar es *Loving Wisdom: Christian Philosophy of Religion* (St. Louis: Chalice Press, 2007).
- (11) Frances S. Collins, *The Language of God: A Scientist Presents Evidence for Belief* (New York: Free Press, 2006), 16.
- (12) *Ibid.*, 21.
- (13) Thomas V. Morris, *Making Sense of It All* (Grand Rapids: Eerdmans, 1992), 34.

Sobre el Autor:

Paul Copan. Teólogo cristiano, filósofo analítico, eticista, apologeta y escritor, autor de siete libros sobre relativismo ético, religión y ciencia, filosofía de la religión, e historicidad de Jesucristo. Además es presidente de la Sociedad Filosófica Evangélica.

Tomado de «*Enrichment Journal*». Traducido por Daniela Valenzuela).

Cartas de nuestros lectores

Edificación espiritual

Le estoy agradeciendo el esfuerzo y su disposición de enviarme la revista Aguas Vivas. Aprecio mucho que me tomen en cuenta para recibir ese material que es de mucha edificación espiritual. Cuenten con mis oraciones por su ministerio y esperando que Dios les permita seguir compartiendo con los santos en los diferentes lugares a donde envían tan valiosa revista. Que el Señor les siga bendiciendo ricamente.

Carlos Cruz Porras (México).

En tiempo crucial

Estamos contentos de haber recibido las revistas, pues llegan en un tiempo crucial de nuestra comunión con los hermanos de diferentes localidades de México. Estas revistas son leídas en grupos pequeños que luego nos juntamos para dar testimonio de las riquezas de Cristo sazonadas con la luz que recibe cada hermano y de esta manera disfrutar al máximo la vida de Cristo en nosotros. Gracias hermanos por su contribución a la edificación de la iglesia, al leer la revista por el Espíritu estamos unidos al fluir de vida con todos ustedes.

David Calvo (USA).

Aprendiendo del Señor

Dios les bendiga mucho y siga el Señor bendiciendo y prosperando ese hermoso ministerio que emprenden en su nombre. He podido leer algunos ejemplares de la revista Aguas Vivas; no puedo negar que me ha sido de gran bendición y he aprendido mucho del Señor a través de ustedes. Desearía de ser posible me puedan enviar esta revista a vuelta de correo. Nos sentiríamos dichosos de poder bendecir también al liderazgo de la iglesia local.

Felipe Triana (Cuba).

Revista impresa

Todo lo que he compartido de las Aguas Vivas ha sido de gran bendición a todos los que lo han recibido. En estos días he hablado con algunos hermanos en Cuba y me han contado que están recibiendo la revista en físico y me preguntaba cómo podría recibirla. Tengo algunas que se han impreso en Cuba y, créanme, el Señor las ha usado con poder y han sido un instrumento del Señor para que mis ojos sean abiertos a la luz del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Que el Señor siga guiando sus vidas en Su luz y siga obrando Su vida en todos ustedes.

Vladimir Ríos (Cuba).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

Año 15 · N° 76 · Octubre - Noviembre - Diciembre 2014.

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras.